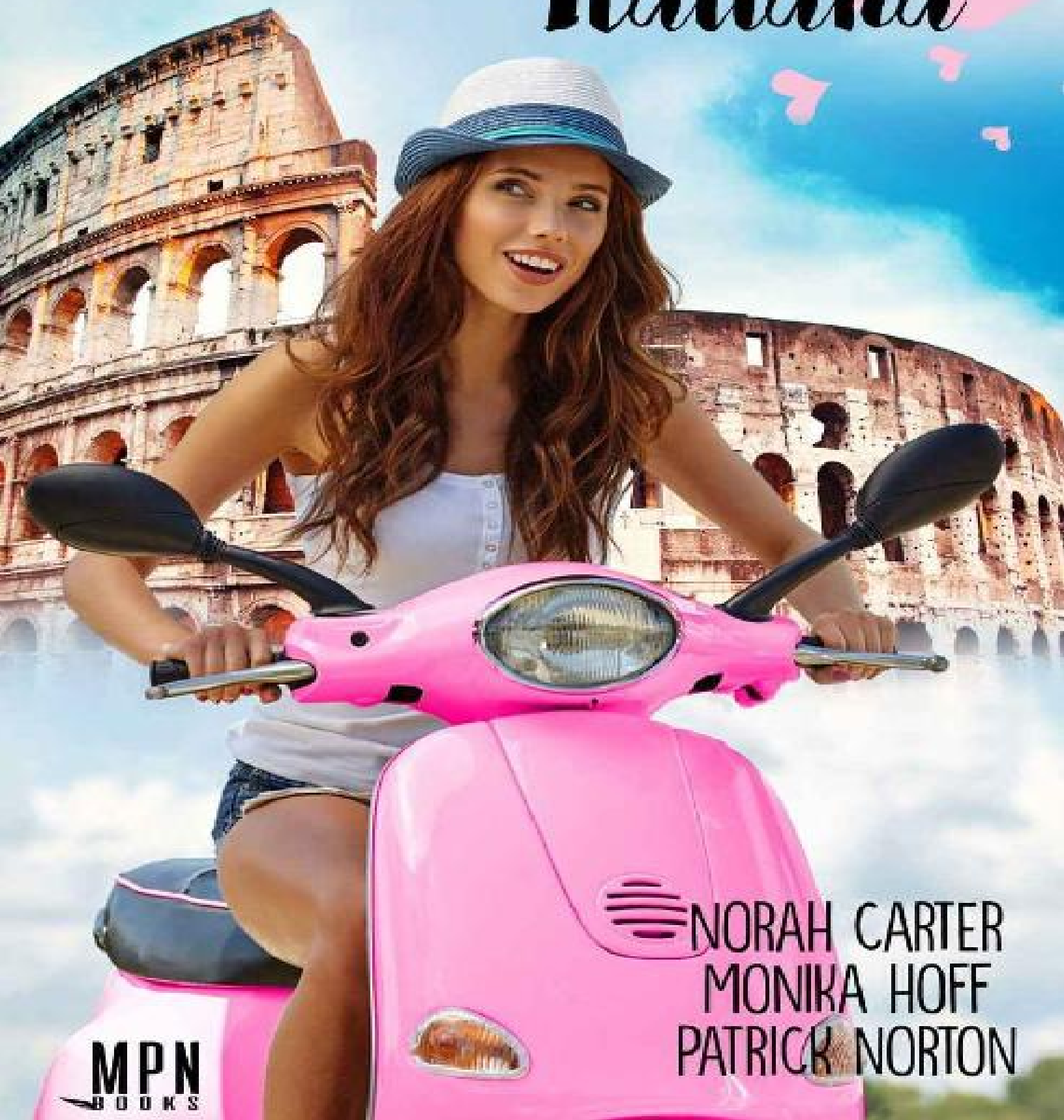


Un AMOR a la Italiana



NORAH CARTER
MONIKA HOFF
PATRICK NORTON

MPN
BOOKS

Un amor a la italiana

Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Título: Un amor a la italiana

© 2016 Norah Carter — Patrick Norton — Monika Hoff

Todos los derechos reservados

1ª Edición: Diciembre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

Capítulo 1

Ya estaba montada en el avión. No había vuelta atrás porque la decisión ya estaba tomada. Dejaba atrás veinticinco años de mi vida viviendo bajo el techo familiar. Me habían ofrecido un puesto de trabajo en Roma por un año. Ni siquiera lo pensé. Se lo comenté a mi familia y, aunque les daba pena que me fuese de España por un año, comprendían que era una oportunidad única.

—Ciao — dijo una voz masculina.

Levanté la cabeza para comprobar que era un chico que se iba a sentar al lado de mí, pero, ¿por qué me decía adiós? ¡Ni que yo me fuese a mover! Mira que era guapo aquel chaval, pero me puso de mal humor.

—No, no me voy a mover, este es mi sitio asignado — dije sonriendo irónicamente.

—No le dije que se fuese — dijo con ese acento italiano tan sensual.

—Me has dicho Ciao...

—Es un saludo. ¿Qué tiene de malo? — dijo sonriendo mientras se sentaba.

—Ciao es adiós...

—Ciao es una palabra italiana y se usa como saludo o despedida indistintamente — dijo guiñando el ojo a la vez que se quitaba el sombrero de paja que llevaba y le quedaba tan bonito. Ahora dejaba al descubierto una media melena preciosa.

—Pues siempre entendí que era a modo despedida.

—Se nota que no has estado en Italia y que es la primera vez que vas a ir.

—Sí, pero imagino que me dará tiempo a terminar hablando hasta italiano ya que vengo por un año.

—Wow, eso es genial, imagino que vas a una casa compartida con gente que conoces — dijo de

forma amigable buscando la complicidad de mis respuestas.

—¡Qué va!, alquilé un estudio pequeño para mí sola. Lo bueno es que me lo paga la empresa — apostillé poniendo una sonrisa de oreja a oreja.

—Interesante todo esto que me dices. Muy interesante — murmuró como si estuviese dándole vueltas en la cabeza a una idea.

—¿En qué estás pensando? — pregunté con extrañeza.

—Bien, te voy a dar la tarjeta de mi restaurante donde está mi número, tienes que ir a probar mi mejor pizza, una pizza hecha a leña. Dicen que es la mejor de toda Italia. La primera vez que vayas invita la casa y ya verás cómo repetirás — volvió a guiñar el ojo mientras me daba la tarjeta con un aire muy seductor.

—Perfecto, si estoy invitada, fijo que voy, ¿es tuyo el restaurante o eres el encargado? — me estaba gustando hablar con aquel chico que parecía un buen conversador.

—Es mío, herencia de mi padre. Trabajó allí durante muchos años e hizo de aquel horno un lugar de referencia gastronómica en muchas guías turísticas. Eso no es fácil, créeme — manifestó con orgullo, mirándome a los ojos.

—¡Qué bien! No debe ser fácil — apunté yo con intención de que se sintiera cómodo y siguiera hablando conmigo.

—Por cierto, me llamo Alessandro.

—Yo soy Amanda — esboqué una sonrisa.

Me encantó aquel nombre, pues me recordaba a una de mis canciones favoritas de Lady Gaga. “Alessandro” era un nombre sugerente y sutil, un nombre que enamora y, sobre todo, si aquel joven era lo más parecido a un actor de cine. Y lo era. Sus facciones armónicas, su mentón levemente pronunciado y sus ojos oscuros no dejaban lugar a dudas.

Pero yo no podía pensar ahora en ligar con un tipo del que no conocía casi nada y en un momento en el que debía preocuparme de otras cosas mucho más importantes. Iba a vivir en un país que no conocía, lejos de casa y de mi familia.

Aunque siempre me he adaptado perfectamente a las nuevas situaciones, ahora, por un tiempo, iba a ser una extraña en un lugar que me resultaría hostil durante las primeras semanas. Era lógico y eso no

debía inquietarme.

Pero aquel chico ... Alessandro... me estaba poniendo nerviosa y, cuando digo “nerviosa”, no me refiero a un estado de ansiedad preocupante, sino más bien a un estado de excitación que iba creciendo según pasaban los minutos.

—¿De qué trabajarás? — preguntó con interés, arrugando sus labios carnosos.

—Estudié Turismo y me ha contratado una empresa receptora de españoles para diferentes traslados, sobre todo al puerto de Civitavecchia donde han de coger sus cruceros. También me encargaré de recibir a los viajeros que vienen para una estancia en Roma. Creo que voy a estar bastante entretenida — acabé riendo sin dejar de mirarlo a aquellos ojos negros y rasgados.

—Me parece muy interesante. Estoy seguro de que es un trabajo muy divertido y ameno. Prepárate para trabajar mucho porque Roma es un río continuo de gente. Además, el turismo es una fuente de ingresos muy importante para la ciudad — comentó Alessandro con seriedad mientras yo presentía que mi vida había cambiado ya desde el momento en que me embarqué.

—Bueno, también llegará en cada grupo el típico quisquilloso que se queja de todo. Y eso es lo peor de esta profesión: mantener la paciencia y ser lo más diplomática posible cuando la gente se impacienta por cualquier motivo.

—Claro, entiendo, pasa lo mismo en el restaurante. Lo bueno es tener clase para resolver ese tipo de conflictos con el mejor talante posible. Y no es fácil. Es rara la semana que algún cliente no me saca de quicio con excusas tan tontas como que la pizza está fría o que la salsa está demasiado salada. Al final, acabo por no cobrarles para que se tranquilicen y no presenten ninguna reclamación — dijo con un tono irónico.

—Pero se están aprovechando de ti, Alessandro. Como se corra la voz, van a ir a tu restaurante a comer gratis a todo el que se le ocurre — añadí yo con estupefacción.

—No. No es frecuente. No pasa todos los días. Por suerte, la mayor parte de los clientes están deseando probar mis platos y tengo siempre una lista de espera. Algunos turistas reservan semanas antes — dijo con orgullo.

—Lo que me cuentas es fantástico, Alessandro. Me alegro mucho por ti. Ahora ya no tengo ningún pretexto para no ir a probar tu comida. Si tienes esas listas de esperas, es que la comida debe ser exquisita — comenté yo haciéndome la tonta, como si fuera una estudiante quinceañera —. Sí, espero que, cuando vaya, no me pille con uno de esos días de mal humor. En esos días no hay Dios que me soporte y exploto enseguida por cualquier cosa — dije encogiendo los hombros y

riendo.

—Una mujer con carácter — rió el también.

—Tampoco es para tanto. Estaba bromeando, Alessandro.

—Me quedo más tranquilo. Aunque las españolas tenéis fama de ser mujeres muy pasionales. Las italianas también, ¿sabes?

—Estoy muy ilusionada y esta conversación me está animando. Dejo atrás a mucha gente que quiero — comenté con cierto tono de tristeza, como si buscara en aquel chico un poco de cariño.

Pasamos todo el vuelo charlando y cierto es que el tiempo pasó rapidísimo. Parecía que lo conociese de toda la vida. Alessandro era tan seductor y guapo que hacía que estuviese constantemente babeando. No quería que se diese cuenta, pero yo creo que, tarde o temprano, me iba a descubrir.

Me costaba mucho disimular. No sabía fingir. Maldita sea pues lo que no quería en aquel momento era asustar Alessandro con una frase o con un gesto que pudieran interpretarse como una forma de seducción o de algo más radical como el acoso.

Aterrizamos en Roma a la una de la tarde y salí a por las maletas junto a él.

—¿Cómo vas hasta el alojamiento? — me preguntó amablemente.

—Cogeré un taxi — dije espontáneamente.

Siempre había sido una persona extrovertida y muy simpática. Acababa de llegar a un país que no conocía y ya había hecho un amigo, y qué amigo, por Dios.

—Para nada, Amanda. Me viene a recoger uno de mis empleados. Te llevaremos hasta tu alojamiento, pero antes pasaremos por mi restaurante y te invitaré a comer — me soltó también de forma espontánea.

—Pues la verdad que hoy no tengo mejor plan, así que aceptó encantada.

Estaba emocionada, muy emocionada. Si hubiera sido una mala compañía, Alessandro no me habría invitado a su restaurante. Aunque parezca una tontería, sentía mariposas en mi estómago. No podía quitar ojo de aquel rostro y su olor dulce a perfume me estaba dejando desarmada. Nunca he creído en el amor a primera vista.

Siempre pensé que era cosa de las películas de amor, especialmente de las malas películas de amor. Pero quizá sí que existía ese amor a primera vista, el flechazo. De todas maneras, debía ser prudente. No sabía qué clase de hombre era Alessandro por muy atractivo que fuese. Quizá era uno de esos hombres acostumbrados a conquistar con facilidad, sin ninguna clase de compromiso después de hacer el amor con una mujer.

A lo mejor era de esos hombres que mantienen varias relaciones sentimentales al mismo tiempo. Los italianos no tenían fama precisamente de ser hombres de una sola mujer. Odiaba esos prejuicios. Pero, ¿quién era en realidad Alessandro?

Salimos de la terminal y ya estaba fuera un coche esperándonos. Quien conducía nos saludó efusivamente. Se notaba enseguida que era un amigo de toda la vida, aparte de uno de sus trabajadores. Alessandro me presentó a Luca que se veía que era muy simpático.

En poco tiempo, llegamos al precioso restaurante, situado en una de las calles traseras del Coliseo Romano. Bajamos por unas preciosas escaleras y, cuando vi aquel lugar en el sótano de aquel edificio, me quedé prendada. Era un restaurante bonito el que tenía, verdaderamente bonito. La decoración mezclaba la tradición con la modernidad.

Motivos cinematográficos como carteles de cine y fotografías de la actriz Sophia Loren estaban colgados de unas paredes lisas y blancas que aportaban claridad al espacio. Había una gran barbacoa de piedra al fondo donde un cocinero se encargaba de preparar las pizzas.

Una puerta lateral, cerca de la barra, daba a la cocina que se podía ver a través de un ventanal abierto, con un marco y una repisa de ladrillos toscos, que era donde esperaban los platos para ser servidos antes de que se enfriasen.

—Todo esto es precioso — dije sin dejar de mirar a mi alrededor mientras me sentaba en la mesa que me había señalado Alessandro.

—He hecho algunas reformas pero he mantenido la esencia de mi padre en todo eso — hizo un gesto con la mano, abarcando todo el restaurante.

—No me extraña que el negocio tenga éxito, solo por la ambientación, ya merece la pena venir.

—Gracias — hizo un gesto de asentimiento con la cabeza —. ¿Vino?

—Sí, gracias.

Se marchó y lo vi saludar a varios de sus trabajadores por el camino. Minutos después volvió con una botella de vino tinto.

—Te va a encantar — tomó asiento frente a mí —. Y me he tomado la libertad de pedir por ti.

Espero que te guste todo.

—Soy de buen comer — reí.

—Me alegro, porque seguro que volverás aquí muchas veces — dijo en tono misterioso mientras me servía una copa de vino.

—¿Y sueles viajar mucho? — pregunté por cambiar de tema, me iba a poner más nerviosa de lo que ya me ponía.

—Sí, intento siempre hacerlo por placer pero viajo por trabajo más veces de las que me gustaría.

—¿Y eso?

—Intento que el restaurante siempre esté entre los mejores y me gusta conocer diferentes culturas — dijo a modo de explicación.

—Oh, entiendo — probé el vino —. Vaya, perfecto.

—Lo sé — me guiñó el ojo y yo reí, como se decía en mi país, ese hombre no tenía abuela, seguro. Ya él solo se bastaba para elogiarse a él mismo.

—La verdad que me siento algo aliviada por haberte conocido, estaba muy nerviosa por estar sola aquí — reconocí —. Eso no significa que te vaya a molestar cada dos por tres, claro.

—Hazlo si quieres — dijo riendo —. No es ninguna molestia, me tienes para lo que necesites, no dudes en llamarme. Apunta mi número.

Saqué el móvil y lo hice, le di mi número y eso me hizo sentirme algo más tranquila.

—¿Preparada para comer?

No me dio tiempo a contestarle cuando ya empezaron a traer diversos platos con todo tipo de pizzas. Vaya, me quedé alucinada.

—¿Estás loco? — pregunté mirando boquiabierta tanta comida.

—¿No eras de buen comer?

—Señor... — ya había comenzado a sudar.

Alessandro me miró y se rio a carcajadas. Y yo sonreí y empecé a probar todo lo que había traído. La comida era buenísima, y yo estaba a punto de explotar. Ni cuenta me había dado de cuánto había comido o bebido, me sentía tan relajada con él que era como si el tiempo se hubiese detenido.

Me gustaba mucho ese chico y la manera de mirarme que tenía, aunque a veces me sentía demasiado observada por él, era extraño, como si me estudiase el rostro.

O eso, o yo estaba muy cansada e imaginaba cosas.

Cuando me di cuenta de la hora, me despedía rápidamente de él. Alessandro se ofreció a llevarme al apartamento que había alquilado y se lo agradecí, me sentía tranquila estando a su lado. Puede parecer una estupidez, pero así era.

Entramos al edificio donde estaba mi apartamento y Alessandro le explicó al conserje, en italiano. Este me dio las llaves y la bienvenida a la ciudad y Alessandro me acompañó hasta la puerta.

—Tienes mi número, no dudes en llamarme — me dijo antes de que metiera la llave en la cerradura.

—Claro. ¿No quieres pasar? — pregunté por cortesía, se había portado muy bien conmigo, era lo menos que podía hacer.

Estaba claro que yo no había prestado atención en el colegio cuando te decían que no hablaras con desconocidos. Pero Alessandro tenía algo especial que me daba confianza y yo solía fiarme bastante de mis instintos.

—No, este momento es solo tuyo. Es un placer tenerte aquí, Amanda. Espero verte pronto.

—Gracias — me acerqué y le di dos besos y él se marchó después de regalarme una preciosa sonrisa.

Entré en el apartamento y suspiré. Comenzaba una nueva etapa de mi vida. Y había comenzado mucho mejor de lo que pude imaginar.

Capítulo 2

Desperté de aquella primera noche en ese apartamento y desperté sola. Lo primero que me vino a la mente fue la imagen de Alessandro. Curiosamente echaba mucho de menos a mi familia y a mis amigos, pero ahora mis pensamientos estaban fijos en aquel joven italiano.

Más de una vez me había enamorado y, aunque mis relaciones no habían llegado a buen puerto, sí que había experimentado algo parecido a eso que llaman amor. De hecho, algunas de mis parejas duraron varios meses. Pero lo que yo estaba sintiendo por Alessandro no se parecía en nada a eso. Me temblaban las manos, mi corazón se aceleraba enseguida que lo imaginaba y sentía que un sudor frío recorría mi espalda a cada instante.

Me duché y, al vestirme, no dejaba de pensar en cada una de las conversaciones que habíamos tenido desde que subí al avión y el azar hizo que me encontrase con él. Antes de comenzar a conocer la ciudad, llamé a casa. Necesitaba hablar con mis padres, sobre todo con mi madre, que era quien peor estaría llevando mi ausencia. Estábamos muy unidas y su dedicación a mí estaba inspirada en un sentimiento de afecto difícil de explicar con palabras, una sintonía con mi carácter que nos hacía especiales. No era una relación de madre a hija la que manteníamos, sino más bien era la relación de dos amigas. Nada más marcar el número de teléfono, mi padre se puso al aparato.

—Amanda, ¡qué alegría! ¡Cómo vas, hija!

—Bueno, papá, estoy muy bien, pero hasta que no empiece la semana que viene en el trabajo, no sabré en realidad si he tomado la decisión correcta — dije con un tono de incertidumbre que mi padre enseguida notó.

—No debes preocuparte por eso. Tampoco estás tan lejos de casa. Si el trabajo no te convence, te vuelves. Lo comprenderemos perfectamente. Te voy a pasar a tu madre, que lleva desde que te fuiste sin parar de llorar.

—Mamá, no me hagas esto. No te puedes poner a llorar. El hecho de imaginarte así me destroza por dentro — dije yo con un tono inocente en cada una de mis palabras.

—Te echo mucho de menos. Hace dos días te tenía en casa y ahora mira dónde te has ido, hija mía — dijo ella con un tono de desesperación que me rompía el corazón.

—Mamá, no me he ido en misión humanitaria a Afganistán. Estoy en Roma, en una de las ciudades más bonitas del mundo, y voy a trabajar como guía turístico, que es para lo que he estudiado. Sabías que, en cualquier momento, podía pasar.

—Ya, ya lo sé, pero te echo tanto de menos. Acostumbrada a verte todos los días aquí. Y ahora desapareces de repente — seguía mi madre sollozando mientras hablaba.

—Mamá, no seas una niña. Al final me voy a enfadar y vas a conseguir que lo pase mal aquí —dije yo con un tono seco y cortante.

Finalmente, se calmó y pudimos hablar de nuestros sentimientos. Como siempre había hecho, me deseó suerte y me suplicó que la llamara todos los días. Quería saber cómo me estaba yendo por Roma. Mi madre sabía que yo tenía recursos y estrategias para salir adelante, pero siempre había estado mimándome desde que nací.

De hecho, podría considerar que en algún momento estuve sobreprotegida, aunque la rebeldía estaba en mí y yo hacía lo que me daba la gana con mis amigas y sin que ninguno de ellos se enterara. No eran cosas graves, pero mi madre y mi padre creían que yo no había tenido ningún romance en el instituto ni en la universidad.

Es cierto que nunca les presenté a ninguno de mis novios, porque no había nada serio en esas relaciones. Ahora sentía algo por ese joven italiano, Alessandro, que era diferente a lo que yo había experimentado tiempo atrás.

A punto estuve de confesarle a mi madre que había un chico que me estaba gustando mucho. Pero, ¿cómo iba a hacer algo así? En primer lugar, habrían puesto el grito en el cielo. ¿Cómo se me ocurría enamorarme de alguien nada más llegar a Roma? ¿Estaba loca o qué?

En segundo lugar, yo no estaba segura de mis sentimientos hacia ese chico. Podría tratarse de un tonto nada más, de un juego estúpido de seducción sin importancia donde cada uno de nosotros intentaba demostrarse a sí mismo que podía ligar con cualquier persona que se le pusiera delante.

Bajé a la calle a desayunar ya que no tenía nada en la despensa. No me quedaba más remedio ese día que ir a hacer la compra.

Quería empezar a preparar la que iba a ser mi nueva vida durante esa semana porque hasta la siguiente no me incorporaría a mi nuevo trabajo. Ahora estaba sobrecogida por aquella ciudad, por sus escenarios, por su luz natural reflejada sobre los edificios, obras de arte diseminadas en diversos espacios que se abrían a amplias avenidas o que se estrechaban hasta desaparecer en un enjambre de callejuelas donde bullía la vida.

Estaba en Roma, en la ciudad eterna. A poco que caminaras, ya sabías por qué. La historia antigua se mezclaba con el presente, con mi presente, con el mío y el de Alessandro.

Mire el móvil varias veces con la esperanza e ilusión de recibir un mensaje por parte de Alessandro. Me senté en una terraza a desayunar. Me pedí un capuchino. No podía quitármelo de la cabeza. No era capaz de pensar en otra cosa que no fuese él. Intentaba centrarme en el ir y venir de personas que hablaban sin cesar con ese acento italiano.

Parecía que estaban chillando todo el tiempo. Qué razón tenían todos aquellos amigos que habían viajado a Italia antes que yo. El café estaba riquísimo. Cada sorbo de aquel capuchino me elevaba. Jamás había probado uno así y mira que había estado en muchas ciudades. Pero aquel sabor suave y dulce se mezclaba con un aroma áspero, como a guisantes, que te hacía mirar al mundo, al menos en

mi caso, con una alegría y una emoción indescriptibles. Me vais a llamar loca por decir eso de un simple capuchino, pero no puedo faltar a la verdad.

Seguramente Alessandro tenía algo que ver con que yo sintiera esos aromas al tomarlo en esa ciudad donde Audrey Hepburn se montaba en una Vespa junto a Gregory Peck en Vacaciones en Roma. Yo me sentía como aquella princesa que interpretaba la actriz americana.

Tras aquel desayuno, me fui al supermercado que había más cercano e hice una buena compra ya que no disponía en la casa de nada. Tras dejar las cosas colocadas en alacenas y armarios, volví a salir a la calle a buscar una tienda de motos Vespa. El buenazo de mi padre me había regalado el dinero para comprar una. Sería el mejor vehículo para moverme por aquella gran ciudad.

Nada más llegar a la tienda había una de color rosa, preciosa, la más coqueta de todas. Me enamoré de ella. Sabía que esa sería la mía. Pregunté el precio y era el mismo que aparecía por varias webs de Internet, así que decidí comprarla. En un momento tuve arreglados todos los papeles y salí de allí motorizada, nunca mejor dicho.

Pregunté a uno de los empleados de la tienda cómo podía llegar para al Coliseo que era donde tenía el restaurante Alessandro. Quería darle una sorpresa y comer allí, pero esta vez me había propuesto ir como clienta y no como invitada, así que me tomé el atrevimiento de volver a verlo. Muchos turistas y viandantes se quedaban boquiabiertos mirándome en mi Vespa.

Me sentía como Audrey Hepburn, sin duda. Era la princesa Anna que, cansada de sus obligaciones y de su vida en palacio, decide fugarse por Roma como un ser común, de incógnito. A mis padres les encantaba el cine clásico y, desde pequeña, no hice otra cosa que ver toda esa clase de películas. Llegué hasta allí. No me creía que hubiera sido capaz de manejarme de esa forma por la ciudad, como si ya no fuera una turista torpe y dubitativa. Parecía que hubiese nacido en la Vía del Corso.

Justo cuando iba a aparcar en la puerta, noté que me estaban mirando y era él que venía andando hacia el restaurante. Me sonrojé.

—Ciao, guapa. ¡ Qué alegría volver a verla por aquí!

—Tenías razón, me dijiste que, si probaba el restaurante, volvería. Aquí estoy como clienta — dije sonriendo mientras me quitaba el casco y mentía como una bellaca ya que lo que quería de verdad era verlo a él

—¡Genial! ¿ De dónde sacaste la Vespa? — dijo mientras me daba dos besos y un abrazo.

—Recién la compré, un regalo de mi padre —dije con orgullo.

—Perfecto, te dará mucha libertad para moverte por este caos de ciudad. Demasiados turistas, pero mejor así. Me encanta este caos — dijo mientras señalaba con la mano para que pasase al interior del restaurante.

Bajamos y una vez allí me hizo señas para que lo siguiese. Abrió una puerta y entramos a una parte

en la que nadie suele entrar, un lugar exclusivo para él, una especie de salón con una preciosa mesa, un sofá y una televisión. Lo tenía preparado para no tener que ir a su casa aquellos días que tenía que quedarse en su restaurante por algún motivo.

Enseguida apareció Luca y Alessandro le dio órdenes para que trajese una lasaña, una ensalada especial de la casa y una botella de vino.

—Hoy vas a probar otra de nuestras especialidades — dijo a la vez que me guiñaba un ojo.

Esa habitación que tenía una mayor altura daba a otra calle. Por una ventana, podíamos ver el exterior con su constante afluencia de gente.

—No debías haberte molestado. Solamente venía a comer y no a que tuvieses que estar pendiente a mí. Además, no hace mucho que acabo de desayunar. Me voy a poner como una vaca.

—No. Eres una mujer preciosa, Amanda —dijo con una voz suave y tersa.

—Insisto, Alessandro, no deberías haberte molestado —mi voz temblaba, pues me estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—No es ninguna molestia, Amanda. Además me vale para despejar un poco mi mente de tanto trabajo, aunque tengo un buen equipo que se encarga de atender y preparar todo perfectamente. Me gusta estar pendiente a que no falte ningún detalle. Es el secreto del éxito, saber delegar, pero no bajar nunca la guardia.

—Lo entiendo. Como debe ser. Hay que mirar por el negocio siempre.

Luca volvió a entrar con una botella de vino y dos copas. Sonriendo, volvió a salir por la puerta y a dejarnos de nuevo solos. Estaba en una nube, encerrada en aquella habitación con él, con Alessandro. Me daban ganas de agarrarlo, llevarlo al sofá y liar la de Dios.

Estuvimos charlando sobre la ciudad de Roma y las posibilidades que tenía como entretenimiento. Aunque yo nunca había estado hasta ahora aquí, sabía que tenía mucho por descubrir ya que era una de las ciudades más antiguas del mundo. Su arquitectura era fundamental para entender la cultura europea.

Tras esa deliciosa comida, me propuso ir a tomar un café a la Plaza Navona, así que le entregué las llaves de la Vespa para que condujese. Me monte atrás, me agarré a su cintura y fuimos hasta esa preciosa plaza que llamó mi atención nada más verla.

Era un lugar que había estudiando detenidamente por Internet y me había parecido que tenía mucho

encanto. Ahora, al verla en directo, pude comprobarlo de primera mano.

Se me saltaron las lágrimas al ver las fachadas del Palazzo Pamphili y de la iglesia de Santa Inés en Agona. La plaza no había perdido ese carácter de mercado antiguo, pues estaba llena de gente que se movía constantemente, echándose fotos junto a las fachadas y portones de los edificios, o junto a las fuentes que dominaban aquel espacio mágico donde Alessandro ahora no dejaba de mirarme con sus ojos cautivadores y llenos de fulgor.

— No te muevas — me dijo.

Fruncí el ceño mientras él sacaba el móvil del bolsillo. Un momento después me di cuenta de que estaba tomándome fotos y me puse roja.

—Ay, no hagas eso — dije avergonzada.

—Es una imagen preciosa, mira — se acercó a mí y me enseñó la foto.

—Uy, no, borra eso — me quejé al ver mi cara emocionada.

—No — me guiñó el ojo —, venga, vamos a por ese café — me pasó el brazo por los hombros y nos acercamos a una preciosa cafetería que había cerca.

—Lo que me llama la atención — dije cuando tomamos asiento — es que todos los locales son preciosos.

—No, no es tan así — rio —, es por la zona, esto está lleno de turistas, pero ya conocerás la ciudad.

El café no estaba muy bueno, para qué mentir, pero era todo un espectáculo tomarlo allí. Yo seguía encandilada con aquella ciudad, cada vez estaba más contenta de haber tomado la decisión de irme a pasar un año allí.

Volvimos a dar un paseo antes de marcharnos en la Vespa. Alessandro volvió a conducir y paró en la puerta de su restaurante. Me senté para conducir la moto yo en ese momento y me despedí de él con un gran abrazo y dándole las gracias de nuevo por todo.

Llegué a casa con una sonrisa estúpida en mi cara. Estar con Alessandro me hacía sentir bien, me

quitaba esa soledad que sentía por echar de menos a mi familia y toda mi vida en general. Pero estaba segura de que ese año que iba a pasar en tierras italianas, sería inolvidable. Cuando estuve a punto de dormirme, le mandé un mensaje.

“Gracias. No sé cómo agradecerte tu compañía.”

Me contestó casi en el instante.

“Te repito que no tienes nada que agradecerme, pero sí sabes cómo hacerlo.”

Miré con cara extraña el móvil, sin entender a qué se refería. Le contesté siendo sincera.

“No te entiendo. ¿Qué quieres decir?”

“Volver a verte, con eso saldas tu deuda.”

Vaya... Me dejó sin palabras y con la sonrisa de idiota en nivel extremo. Le di las buenas noches y me acosté abrazando la almohada.

¡Cuánto me gustaba ese chico!

Sí, Italia me tenía deparada muchas sorpresas, estaba segura de eso. Volver a ser una quinceañera era una de ellas.

Capítulo 3

No puedo negar que esa semana antes de ponerme a trabajar fue inolvidable. Sería una tonta si negara algo así. Esa semana tuvo un nombre en mi vida. A esa semana la llamaré siempre Alessandro.

Roma ayudaba a que yo me fuera encariñando de aquel joven tan atento y pulcro en los detalles más insignificantes.

Estaba cayendo en los brazos de un auténtico galán. Me estaba enamorando de uno de esos actores italianos que yo veía en las películas y que me parecían hombres fascinantes, llenos de orgullo, de atrevimiento, capaces de seducir con una mirada o con una sola frase.

Alessandro me recordaba a Marcello Mastroianni, más joven, y yo, junto a él, tampoco puedo negarlo estaba viviendo mi particular dulce vida.

Comía con él, tomaba café con él, cenaba con él. Alessandro era la persona que me estaba abriendo a esa ciudad llena de rincones exquisitos, de misteriosas leyendas y cuentos populares.

A mí, como guía, me interesaba todo aquello porque sería una forma de destacar en mi trabajo: el hecho de conocer la Roma invisible me ayudaría a diferenciarme de otros colegas españoles que, durante los primeros años, se limitarían a los circuitos acostumbrados, circuitos que aparecen en cualquier libro de viajes o en cualquier página de internet hecha por un aficionado.

Alessandro se había criado allí y sabía que Roma era la ciudad eterna, no solo por su arquitectura, sino también por su pasado legendario, por sus tradiciones, por sus gentes, por su comercio y por esa atmósfera mágica que untaba cada piedra.

Por las mañanas hacía lo mismo que hice el primer día que desperté en mi nuevo apartamento. Me duchaba, me vestía y luego llamaba a casa.

Mi madre no podía evitar llorar cada vez que escuchaba mi voz, algo que me entristecía profundamente, pero que también me irritaba, y mi padre se limitaba a emitir monosílabos. Era un hombre mucho más sereno y menos pegado a mí. Además era una persona mucho más realista. Sabía que aquello que estaba haciendo era para labrarme un futuro con aspiraciones a lograr uno de mis mayores sueños: montar mi propia agencia de viajes.

Mi madre, sin embargo, era más cobarde y más introvertida. Siempre había sido una mujer reacia a los cambios y a las nuevas sensaciones. Por esa razón, aquel matrimonio funcionaba bien. Era una pareja que había conseguido el equilibrio emocional desde el primer momento en que se conocieron.

Después de hablar con ellos, me montaba en mi Vespa, que guardaba en un pequeño almacén subterráneo, cuyo alquiler no era excesivamente caro, y allí salía yo, la nueva Audrey Hepburn, a sumergirme en aquella ciudad que hervía de gente, de mucha gente, a buscar a Alessandro.

Yo creo que él también se había acostumbrado a verme y, si no lo hubiera hecho así, como lo estaba haciendo en ese momento, seguramente le habría extrañado y no habría dudado en llamarme. Al

menos, así pensaba yo. Porque siempre había sido una mujer soñadora.

Mi imaginación no tenía límites y quizá esa fuese una de las razones por las que ninguna de mis anteriores relaciones llegó a funcionar.

Pensaba que un hombre era algo más, que una relación amorosa debía ser como en las películas que yo había visto junto a mis padres, romances llenos de seducción y de encantamiento. Ahora era diferente.

Porque estaba en Roma, porque tenía una Vespa como Audrey Hepburn, porque iba a trabajar en aquello para lo que había estudiado y porque Alessandro era lo más parecido a esos hombres que una tiene en mente y que espera que algún día irrumpen en su vida.

Era aquel nombre, Alessandro, el que no paraba de repetir en mi cabeza constantemente, como si fuese una oración. ¿Estaría obsesionándome demasiado? ¿Estaría enferma? ¿Me tomaría aquel joven por una loca? ¿Pensaría que estaba acosándole yendo a buscarlo todos los días?

Pero él también había entrado en ese juego y, si no le hubiese interesado mi compañía, jamás me habría invitado a su restaurante ni habríamos conversado durante tanto tiempo, ni me habría invitado a café, ni me habría enseñado la ciudad.

No creo que se tratara de ser solamente amable. Alessandro tenía otras intenciones conmigo seguramente. Me comía la cabeza con una facilidad pasmosa. Era increíble cómo aquel tipo estaba consiguiendo lo que ningún otro hombre había conseguido en todo este tiempo: obligarme a montar en una Vespa por toda Roma para buscarlo a su restaurante. Si mi madre me viese, no sé qué haría. Y ya no digo mi padre. Eran muy conservadores y tradicionales en ese sentido. Llegué a la puerta de su restaurante y curiosamente siempre había gente.

Alessandro tenía razón en todo lo que me había dicho. Su restaurante tenía una fama internacional y siempre tenía lista de espera. Me alegraba de que a un tío como él le fueran bien las cosas.

Tenía bastantes amigos de su edad que habían intentado toda clase de negocios en España y la puta crisis los había conducido a la bancarrota.

Otra de las virtudes de Alessandro era la pasión que le ponía a todo lo que hacía. Además era sabedor de todo tipo de recetas y técnicas culinarias. Aún recuerdo una conversación uno de esos días de aquella semana.

Ciertamente me estaba tomando un exceso de confianza con aquel chico que no me había tomado antes con ningún otro. Pensaba yo también que si le hubiera molestado mi presencia, Alessandro habría buscado mil excusas para evitarme. En cambio, había sucedido todo lo contrario y era esa actitud la que me hacía imaginar que él también sentía algo por mí.

—¡Cómo me alegra verte, Amanda!

—Yo también me alegro, Alessandro. Hace un día precioso y he dado una vuelta con la Vespa por el centro. Y luego me he dicho: ¿dónde voy a comer mejor que en el restaurante de mi amigo? —dije con aire teatral.

—Ah, has tenido una gran idea y veo que te manejas por la ciudad con una facilidad admirable. No sabes lo que ha ganado Roma contigo. Ya tenemos otro monumento — dijo irónicamente guiñándome un ojo.

—¡Qué tonto eres! — exclamé yo mientras colocaba la moto en la acera, junto a la entrada de su restaurante.

—No es ninguna broma. Hablo en serio. No es fácil encontrar una chica tan guapa y simpática como tú. No sé si te lo había dicho ya alguna vez —siguió halagándome con un brillo espléndido en sus ojos.

—Eso se lo dirás a todas, ¿verdad?

—No pienses mal. No soy de esos italianos que van por ahí conquistando a mujeres de otros países. No me va ese rollo — puso una cara seria cuando me soltó eso.

—No te lo tomes a mal, Alessandro. Solamente estaba bromeando.

Me di cuenta de que no había sabido encajar el golpe que le había propinado con mis palabras. Me estaba equivocando con él. Alessandro no parecía ser el típico chulo italiano que va de ligue en ligue, aprovechándose de las mujeres.

Me estaba equivocando con aquel chico, sin duda. Entré al restaurante con él y me senté en la barra. Luca estaba rondando por allí y me dio los buenos días. Ví que Alessandro hablaba con los cocineros. El restaurante estaba lleno. Un ambiente acogedor y familiar facilitaba que se comiera tan bien allí.

—¿Te está gustando Roma por lo que veo? — preguntó Alessandro, que se sentó junto a mí en la barra.

—Sí. Mucho. Creo que no me he arrepentido de escoger este trabajo — dije yo automáticamente.

—Yo no me arrepiento de que lo hayas hecho— aquel piropo hizo que me sonrojara.

—Cuando me dices esas cosas, me pongo muy nerviosa, Alessandro.

—Lo sé. Por esa razón, lo hago.

—Muchas gracias por ponerme nerviosa — dije yo con ironía y guiñándole un ojo.

—Vamos a comer macarrones a la carbonara. Lo hacemos con una receta tradicional que casi nadie conoce en Roma. Es una receta que mis abuelos trabajaron durante muchos años hasta dar con una textura y unos aromas únicos — dijo él haciéndose el interesante conmigo.

Luca nos buscó una mesa y nos sentamos. Me sentía especial. Hace unos días estaba aburrida en mi casa, quedando con mis amigas de toda la vida para hacer las mismas cosas de siempre. Y ahora estaba en el centro de Roma, comiendo en un restaurante exquisito con un joven guapísimo, que era además un triunfador. No me lo podía creer.

—Estoy deseando probar esos macarrones. Mi madre los hace también genial — dije en aquel momento espontáneamente.

—En España, no sabéis cocinar la pasta — dijo con vanidad Alessandro.

—¿Estás diciendo que mi madre no sabe cocinar? Mi madre hace unas paellas y unos guisos que están para chuparse los dedos — comenté repentinamente yo, pues me habían ofendido aquellas palabras un tanto groseras.

—No te lo tomes a mal. Lo único que estoy diciendo es que no sabéis cocinar la pasta. La comida española es extraordinaria. Lo sé por experiencia. Estuve un año en Bilbao en una escuela de cocina. Por esa razón, hablo español correctamente y, por esa razón, coincidimos en el avión. Tengo amigos cocineros en España — dijo Alessandro con cierto aire de nostalgia.

—Pensaba que estabas de vacaciones y que conocías el español por la gran cantidad de turistas que tienes en el restaurante todos los días.

—La verdad es que aprendemos toda clase de idiomas en este sitio. Hay que manejarse también en chino y en japonés. Los meses de verano no recibimos otra cosa, además de polacos y rusos —dijo esbozando una leve sonrisa.

—¿Por qué dices con tanta seguridad que no sabemos cocinar la pasta? — pregunté con intriga.

—Mira, por varias razones. Generalmente se cometen muchos errores tontos que estropean estos platos, Amanda. La pasta es más delicada de lo que parece.

—Pero ponme algún ejemplo —insistí al mismo tiempo que escuchaba con atención.

—Los españoles, entre otros, no son conscientes de que la pasta tiene sabor por sí misma, la buena pasta, claro. A veces se inundan los platos con salsa para que la pasta sepa, y eso es un error. La salsa debe regar, aromatizar, acompañar a la pasta. La salsa a veces convierte la pasta en una sopa.

—No me había dado cuenta, pero es verdad — apostillé yo poniendo cara de tonta.

—Otro error es hervir la pasta con poca agua. Hay que hervir la pasta con agua abundante y probarla antes de sacarla. No se le puede echar aceite a la pasta cuando está hirviendo — se notaba que sabía muy bien lo que decía.

—Claro, pero se echa aceite para que no se pegue —añadí yo justificando ese error.

—La pasta no se pega si se hierve con agua abundante y se mueve. El aceite mata el sabor del almidón y quiebra la textura de la pasta. Bueno, estos son algunos errores. No quiero aburrirte más.

—No me estoy aburriendo, en serio. Me parece muy interesante todo lo que dices. Lo voy a poner en práctica cuanto antes — comenté yo sin fingimiento, porque verdaderamente me estaba resultando apasionante los secretos para cocinar la pasta.

Enseguida nos sirvieron los macarrones. Fue un bocado excepcional. Los macarrones estaban duros, pero, al meterse en la boca, se deshacían con la salsa suave y delicada, llena de matices.

—¿Te gustan, verdad?

—Alessandro, no he probado una cosa más buena en mi vida y no es por hacerte un cumplido —dije yo emocionada.

—Lo sé. Sé que están riquísimos. ¿Te cuento una cosa?

—Sí, por favor.

—Mira, Amanda, tengo clientes que hacen tres y cuatro horas de vuelo para pedirme este plato.

No vienen a Roma a ver el Coliseo, vienen a probar y repetir mis macarrones — susurró acercando sus labios carnosos y sensuales a mi oído.

—Es fascinante. Yo lo haría. Si tuviera dinero, volaría todos los fines de semana a probar tus macarrones — dije yo con aire infantil.

—¿Solamente vendrías a probar mis macarrones? —aquella pregunta me excitó enseguida. Me volví a poner roja y bajé la mirada, concentrándome en saborear aquella maravilla de plato.

Después de comer, seguimos charlando en español y luego un poco en italiano, pues tenía que aprenderlo rápidamente. Me había dado cuenta de que con mis años en la Escuela Oficial de Idiomas no era suficiente para manejar bien en aquella lengua.

Aquella semana me llamó Alessandro y todos los días repetimos el mismo ritual. Estaba claro que a mí aquel chico me gustaba cada vez más y un sentimiento recíproco leía yo en aquellos ojos que brillaban al hablarme sobre Roma y sobre ese otro mundo tan desconocido para mí, que no era otro que la pasta italiana.

Capítulo 4

Después de una semana por Roma patrullando a mis anchas, ese día me tocaba presentarme en el trabajo, así que desayuné tranquila en el apartamento y luego cogí la Vespa y me dirigí hacia la oficina de mi puesto laboral.

Me recibió un chico muy guapo y simpático. Pensé que me estaban poniendo por el camino hombres muy sexis. Aguanté la risa solo de pensarlo.

Me estuvo explicando toda la mañana en qué consistía mi trabajo y dónde me recogerían para ir a por los turistas que llegasen a este país, me dieron un gráfico con mis horarios e itinerarios. Aluciné ya que trabajaría cuatro días a la semana y apenas cinco horas cada jornada.

Mi primera recepción sería al día siguiente. Abandoné la oficina emocionada. Por primera vez tenía un trabajo que se adaptaba a lo que yo había estudiado en la universidad. No tenía que verme forzada a dar clases particulares o a repartir publicidad para sacarme unos cuantos euros. No. Eso se había acabado ya.

Dos horas más tarde, tras hacer unas compras, me dirigí hacia el restaurante de Alessandro. Me recibió con su simpatía natural. Al verme llegar, esbozó una preciosa sonrisa, de esas que seducen, y me abrazó fuertemente.

— ¿Qué tal tu primer día de trabajo? — me preguntó con entusiasmo, esperando una respuesta optimista.

—Genial, me han dado los horarios y creo que voy a ser la que menos trabaje de este país — reí cuando terminé de decir la frase.

—Chica, vienes a robar de forma privilegiada el trabajo de los italianos.

—Suerte de que necesitaban una española, Alessandro,...

—Son listos — dijo guiñando un ojo.

—Me han dado el uniforme. Creo que me veré rara con él.

—Estarás preciosa — volvió a guiñar el ojo

—¡Exagerado! — exclamé con un ímpetu que sonaba a comedia.

—Vamos, hoy te invito a comer en otro lugar con mucho más encanto.

—Perfecto. Pero me extraña que digas eso. Comer o cenar en tu restaurante es un lujo y no lo digo por halagar — dije mientras le daba las llaves de mi moto.

Condujo un buen rato y salimos de la ciudad. Terminamos en un precioso parque en el que había un restaurante con una terraza decorada con mucho gusto. Intentaba imitar algunas fachadas de la Plaza Navona.

Aquel comedor acristalado rodeado por un bosque verde, donde los pinos y los carrascos oscurecían el follaje, era idílico. Quería tomar fotos, pero Alessandro me dijo que lo hiciera después.

Me ordenó que disfrutara el momento, aquella ensoñación, aquel rincón del paraíso, y tenía razón. Aquel lugar, junto a él, bebiendo un exquisito Chianti era una experiencia parecida a habitar en un sueño del que nunca quisieras despertar.

Estaba comprobando por mí misma que Italia tenía dos caras, la turística, la que todo el mundo conocía por las películas y por la televisión, y otra Italia, oculta, recóndita, llena de sensaciones que trascendían lo agradable. Era la Italia que jamás se borra de tu mente, la Italia inolvidable y ahora comprendía mucho mejor la eternidad de Roma.

Rápidamente nos asignaron mesa, pidió una botella de lambrusco y una carne que era especialidad de la casa, además de una ensalada tutti di mare.

—Me encantas — dijo mientras me agarraba la mano sobre la mesa y la acariciaba mirando fijamente a mis ojos.

—Me estás poniendo colorada — no se me ocurrió decir otra cosa, pues estaba verdaderamente muy emocionada.

—Qué antipática eres, te digo algo bonito y no me respondes de la misma manera — dijo sonriendo.

—No era mi intención, Alessandro. A veces intento ser excesivamente prudente. No quiero parecer una mujer arrebatada o demasiado impaciente. Me encanta lo que me has dicho. Me emociona sinceramente. No puedo explicarte con claridad lo que me ha sucedido estos días. Apareces en mi avión, llego a Roma y me siento como en casa, y, de repente, esta amistad, nuestra amistad, que parece que, según pasan las horas, se va convirtiendo en algo mucho más serio — dije con serias dificultades, pues la emoción me estaba bloqueando cada vez que intentaba elegir las palabras correctas.

—Yo no lo llamaría serio precisamente. Creo que es algo hermoso y yo debo decírtelo ahora que te tengo delante, antes de que desaparezcas— intervino

—Tú también me encantas. Pero yo no voy a desaparecer. Te prometo que no voy a desaparecer de tu vida — dije mirando al suelo avergonzada.

En ese momento, tomó mi barbilla con su mano para que lo mirase a la cara, a sus ojos rasgados, llenos de una profundidad en la que perderse.

—Quiero que no dejes ni un día de venir a verme, ¿me lo prometes, por favor?

—Bueno, tú también puedes venir a verme —dije yo recreándome en la belleza de esos ojos.

—Tienes razón, dime qué puedo hacerlo y , cuando quieras, aparezco a tu lado y no hay nada más que hablar — parecía un niño cuando se dirigió a mí de ese modo, pero qué niño más guapo.

—Pues ya lo sabes, tú también puedes ir a verme a mi casa. Me encantaría que lo hicieras —añadí con aire sensual, invitándolo a que esa visita no sería un simple encuentro entre dos amigos que se echan mucho de menos.

—Por cierto, ¿cómo tienes el fin de semana?

—Pues trabajo el viernes a las siete y termino a las doce. Ya no tengo que volver a trabajar hasta el lunes a las cuatro de la tarde. Este trabajo es un chollo, Alessandro.

—¿Me dejas proponerte un plan? — la pregunta que formuló sonó a sorpresa agradable.

—Claro, no tengo más nadie con quien matar mi tiempo en este país — dije muerta de risa.

—¡Qué mala eres! Aún así te propongo que el viernes a la una te recoja en tu casa y te vengas conmigo a pasar el fin de semana a Florencia. Iremos en mi coche. Quiero enseñarte esa preciosa ciudad. Prometo devolverte sana y salva el lunes por la mañana — comentó lleno de ilusión.

No me podía oponer a aquella invitación, pues estábamos hablando de Florencia, y de Florencia con Alessandro. Si alguna de mis amigas me viera, se moriría de la envidia.

Estaba pensando precisamente en Carolina, que siempre alardeaba en nuestro grupo de los chicos que la llamaban, de sus contactos en las redes sociales y en los rollos de verano que había tenido cuando había pasado los veranos en Irlanda. Era una buena amiga, pero se ponía muy pesada con el tema de los tíos.

—¡Wow, Florencia! Acepto ¿Dónde dormiremos? — pregunté sin saber muy bien por qué.

—Déjame mirar en mi casa con tranquilidad esta noche. Quiero averiguar la ubicación de unos apartamentos donde me quedé una vez con unos amigos. Estaría genial alojarnos allí ya que está cerca del Ponte Vecchio y de todo lo más importante —respondió haciéndose el interesante. Me encantaba que hablara así, tan serio y tan formal.

—No quiero que te veas en la obligación, Alessandro, de llevarme a ningún sitio. Por ahora estoy bien en Roma. Podemos hacerlo en vacaciones o en otras fechas y con más tranquilidad.

— No. Si no me cuesta nada. Además, por estas fechas, el flujo de gente en Florencia disminuye un poco. Creo que tendremos suerte. Necesito que veas Florencia y ya te explicaré por qué — su última frase me resultó enigmática.

—Vale, perfecto, pues cuando lo decidas me lo comunicas para pagar mi parte o nos dividimos los gastos. Tú pones el coche y yo, el alojamiento. ¿Te parece bien? — pregunté.

— No sé qué estás diciendo. Te voy a invitar a Florencia. Soy yo el que va a invitarte. Tú no tienes que pagar nada — dijo con seguridad y frunciendo el ceño para transmitir seguridad.

—No me gusta abusar de nadie y me toca pagar. No quiero que hagas eso. No me gusta que te gastes tanto dinero en mí. Me siento incómoda —manifesté con voz temblorosa.

—Lo que tú digas, preciosa. ¿Para qué vamos a discutir si vamos a hacer lo que yo diga?

—Vale, con la condición de que otro fin de semana lo preparo yo y tienes que aceptar. Seré yo la que te invite.

—Perfecto, me parece justo, iré dónde me digas.

—¿Estás seguro? — pregunté con intención de provocarlo, pues sabía que le gustaba ese juego entre nosotros.

—Si no son más de cuatro días, me puedes llevar al fin del mundo...

—Tú lo has dicho, te mantendré informado — dije muerta de risa mientras agarraba mi copa

para darle un trago.

La luz amarillenta iluminaba las hojas verdes y rizadas de algunos matorrales y los árboles, testigos mudos de nuestro encuentro, con sus torcidos troncos alargaban sus sombras hasta el interior del restaurante. Sin darnos cuenta, nos estábamos fusionando con la naturaleza.

—Veremos si eres capaz de sorprenderme....— dijo mientras servía en mi plato la ensalada que había acabado de traer el camarero.

—¿Me estás retando? — preguntó con una hermosa sonrisa.

—¿Yo? No — mentí —. Es solo que ya tengo ganas de que llegue ese día.

—Vas a disfrutar, te lo aseguro — me guiñó el ojo.

—Imagino... — dije sonriendo.

Y lo imaginaba, en ese momento decenas de imágenes no aptas para menores pasaron por mi mente. Me estaba entrando un calor horrible y me bebí de un tirón la copa. Lo que solo hizo empeorar las cosas, porque empecé a ponerme más que roja.

—¿Estás bien? — preguntó preocupado.

—Pues claro — carraspeé —. Nada por lo que preocuparse.

—Mmmm...

Sonrió y yo temí que me hubiera leído la mente o hubiera dicho algo en voz alta que lo intimidara. Solía meter la pata cuando no controlaba mis emociones y decía las cosas sin pensar.

Después de la comida, paseamos un rato por los alrededores. Yo me paraba a hacer decenas de fotos y Alessandro y yo nos hicimos varios selfies juntos.

Cuando llegué esa noche a casa y me acosté, suspiré pesadamente. Me gustaba demasiado ese chico y a veces tenía la impresión de que yo a él también, pero no hacía nada por acercarse.

Ya estaba volviendo a imaginar demasiado, así los días que pasarían para el viaje se me harían eternos.

Eternos fue poco. A veces creía que no iba a llegar nunca el momento de ir a Florencia.

Las horas en el trabajo pasaban rápidamente y daba igual si trabajaba de mañana o de tarde. Estaba a gusto con lo que hacía y contenta por disfrutar con mi trabajo.

Dependiendo de mi horario, comía o cenaba con Alessandro. Lo había cogido ya como casi una costumbre y a él parecía encantarle también. Así que todos los días estaba con él en el restaurante y después dábamos un pequeño paseo.

El miércoles era bastante tarde cuando me dejó en la puerta de casa. Aún no había subido a verla y me encantaría que lo hiciera.

—¿Subes? — pregunté tímidamente.

—Es tarde, Amanda.

—Alessandro, voy a creer que te da miedo entrar en mi casa.

—No, no es eso, es solo que no quiero molestar.

—Oh, vamos, arriba — lo empujé para que entrara en el edificio y lo hizo riendo.

—Vaya, parece que llevas toda la vida viviendo aquí — dijo momentos después cuando entramos por la puerta de mi estudio.

—Necesitaba hacerlo acogedor — sonreí tímidamente, quizás me había pasado un poco con la decoración, era tan exagerada como mi madre.

—No, no te molestes, está precioso.

—Gracias. Siéntate y te sirvo una copa.

—No quiero molestarte, Amanda — de repente parecía intimidado por mi presencia.

—No me gusta que seas tan correcto, Alessandro. Relájate un poco. Parece que no estás cómodo aquí conmigo.

—No es eso. Lo que sucede es que mañana madrugas y no quiero que la falta de sueño te haga flaquear en el trabajo.

—¿Estás hablando en serio, Alessandro? Pareces mi padre — bromeé.

Nos sentamos los dos en el sofá. Intenté que me contara más sobre lo que tenía planeado pero fue inútil. Estaba contenta y cómoda con él, como puedes sentirte con un gran amigo, pero yo lo veía a él con otros ojos.

Alessandro era muy correcto. Me miraba y me daba a entender que le gustaba, como ya me había dicho, pero no hubo ningún acercamiento entre nosotros. Estaba pensando en si tirarme al cuello de él y besarlo.

Menos mal que se fue pronto, pensé, riéndome, mientras intentaba dormir.

El jueves trabajé de mañana y almorcé en el restaurante de Alessandro. Me despedí pronto de él porque tenía que preparar las cosas para el fin de semana.

Era ya de noche cuando terminé y le mandé un mensaje.

“Todo listo, ansiosa porque llegue el fin de semana.”

“Me encanta que escribas eso. No te puedes imaginar lo ansioso que estoy yo...”

Y con esa frase me quedé dormida, ni le respondí. Florencia iba a ser un buen destino.

Capítulo 5

Esa mañana trabajé muy ilusionada. Cuando terminé, me fui directa a mi casa a cambiarme de ropa. Un rato después ya estaba Alessandro tocando el timbre de la puerta.

—¡Vamos, bambina, que estás muy lenta!

—Y tú muy exigente — dije mientras salía y cerraba la puerta.

—¡Qué guapa estás! Me encantas — dijo Alessandro con unos ojos luminosos.

—No empecemos. Me ruborizas cuando me dices cosas así. Y, como lo sabes, no paras de hacerlo — dije yo fingiendo que estaba ofendida.

—Me gusta cuando sacas ese carácter.

Me cogió la pequeña bolsa de viaje y la llevó hasta el coche para meterla en el maletero. Luego me abrió amablemente la puerta del copiloto con una sonrisa bastante sensual que ya me estaba haciendo babear como una idiota. Jamás pensé que algo así me podía pasar, pero es que se trataba de Alessandro y cualquiera que lo conociese en persona entendería a lo que me refería.

—¿Preparada para pasar un loco fin de semana con este italiano ?

—Más que preparada, como te pongas tonto, te doy duro — dije con sorna e ironía.

—No creo que seas capaz...

—Anda, mira hacia adelante no nos vayamos a matar.

—Moriríamos juntos como dos tontos enamorados —siguió con esas frases llenas de una cursilería insoportable que a mí me hacían reír.

—¿Quién dijo que yo esté enamorada de ti?

—Los ojos son el espejo del alma y los tuyos hablan por sí solos — dijo mientras conducía.

—¿Qué sabrás tú lo que hablan mis ojos? — intervine con intención de provocarlo nuevamente.

—Lo sé, ¿me equivoco? Dime si me equivoco, por favor.

—No te pienso contestar... — guiñé el ojo y saque una sonrisa irónica, llena de complicidad.

—Entonces me estás dando la razón, no hay más nada que hablar.

—Sí, la razón del loco — dije muerta de risa.

—Me matas como no esté en lo cierto — insistió, porque esperaba que yo le dijera que lo amaba sinceramente.

El camino fue muy divertido. No paraba de buscarme con sus preguntas y sus intervenciones, y yo con mi carácter español me divertía contestándole. Paramos a comer en una pequeña fonda y allí volvimos a reírnos el uno del otro. Estaba claro que los chistes, las bromas y las chanzas formaban parte de un lenguaje que los dos utilizábamos para gustarnos cada vez más. No podía comer mucho, porque estaba muy nerviosa.

No sólo era el viaje con Alessandro, sino también el hecho de que iba a visitar una de las ciudades más importantes del mundo por su valor arquitectónico. No me hacía a la idea de que yo estaría alojada en esa ciudad en la que nobles y artistas habían cambiado la historia del mundo con su visión del arte.

Llegamos a Florencia tres horas después. Me llamó la atención ver el Ponte Vecchio nada más llegar. Aparcamos el coche y subimos al apartamento que había alquilado Alessandro. Era espectacular porque las vistas daban hacia el puente. El apartamento tenía una pequeña cocina y un gran salón, además de un dormitorio con baño incluido.

—¿No había otro con más habitaciones? — pregunté muerta de risa.

—No hay problema, si quieres, duermo en el sofá...

—Yo también puedo dormir en él...

—Estás fatal, debe ser el bocadillo que nos hemos comido por el camino.

—Venga, va, dejemos las cosas y enséñame este divino lugar —dije con aire solemne, demostrándole que estaba feliz, verdaderamente feliz.

—Adelante — dijo dándome una palmada en el culo que me cogió de improviso.

—Oye, tienes las manos muy sueltas —le regañé sin dejar de sonreír.

No quiero que mi historia se convierta en una mera guía turística en este momento. ¿Qué podía decir yo en este instante de Florencia que ya no estuviese escrito en miles de libros? Sencillamente, diré que aquella ciudad siempre la recordaré junto a Alessandro. No me importaba en aquellos días el valor del tesoro cultural que se alojaba en aquellas plazas y calles, erosionadas por el paso del tiempo.

La decadencia de aquel lugar era una decadencia hermosa, romántica, donde las cúpulas y la grandiosidad de algunos pórticos contrastaban con la oscuridad y la antigüedad de sillares, cimientos y torres. Podría decir que estaba alucinada, pero sería faltar a la verdad.

Era Alessandro quien me tenía fascinada. Muchos guías deberían aprender de las enseñanzas que me transmitía a cada paso que dábamos. Estaba claro que no era ni la segunda ni la tercera vez que visitaba Florencia. Me propuso que visitáramos la Biblioteca delle Oblate y me sorprendió que fuésemos a una biblioteca.

Pero me dijo que allí servían un café extraordinario y así fue. Nos sentamos en la planta baja, junto al espléndido claustro del edificio. El aire tibio en aquella atmósfera sosegada, que se interrumpía de vez en cuando por las voces de algunos grupos de turistas, inundaba mis pulmones y sentía que flotaba al lado de Alessandro.

En una película, *El Indomable Will Hunting*, había aprendido del psicólogo, interpretado por Robin Williams, que no basta con saber sobre las cosas, sino que lo importante es respirar con ellas, saber sentir las, saber que están ahí para ti.

Y Florencia lo estaba para mí, y aquel hermoso claustro, y aquel hombre simpático y cuya belleza natural me había sumergido en un encantamiento del que difícilmente podía librarme.

—¿Te está gustando el viaje? — preguntó él.

—No puedo contestar ahora mismo —respondí con voz temblorosa.

—¿Estás enferma? ¿No te encuentras bien? Dime qué te pasa —había preocupación en el tono de sus palabras.

—Necesito estar callada, Alessandro.

—Dime qué te pasa, por favor.

—Voy a llorar. Solamente quiero llorar.

—¿Estás triste? ¿He hecho algo que te ha ofendido? — preguntó muy preocupado.

—Sí, lo has hecho todo.

—Ando muy perdido, Amanda. Ando muy perdido.

—Mira. Te voy a confesar una cosa. Estoy feliz y no me importa que sea Florencia. Estoy feliz contigo y podría estarlo en cualquier sitio siempre que estuvieras tú — dije más relajada, pero sin poder contener las lágrimas.

Alessandro calló durante unos instantes como si hubiese pasado un ángel. Me miró y me besó en la frente. Entendía lo que me pasaba y creo que él sabía que iba a pasarme esto.

Había previsto ese viaje para que yo sintiera esa forma de amar las cosas, de amarlo a él, una forma diferente a la que yo había conocido. La luz de la tarde moría en aquel claustro y las voces a nuestro alrededor se apagaban.

—No era mi intención que te sintieras así, Amanda.

—Mientes, Alessandro, sabías que me iba a pasar. Sabías que yo iba a sentir esta alegría.

—Eso tiene un nombre, Amanda — me susurró.

—¿Cómo se llama? No me gustan los acertijos. Dímelo, por favor.

—Se llama “Síndrome de Stendhal”.

—¿En qué consiste? — pregunté intrigada.

—Stendhal fue un escritor francés del siglo diecinueve que visitó Florencia. Al ver la belleza de la ciudad, enfermó. Comenzó a sudar, su corazón se aceleró y las alucinaciones junto con el vértigo no pararon de acosarle durante su estancia en la ciudad. Parece ser que todo ocurrió

cuando el escritor abandonó la basílica de la Santa Cruz —me explicó con serenidad intentando encontrar una razón a lo que me estaba pasando en aquel momento.

—Eres fantástico. No conocía esa historia. Me dejás sobrecogida.

—Quería que lo supieras. Para mí esta ciudad es muy importante también. Siento algo a lo que sintió Stendhal y a lo que estás sintiendo tú en este momento. Es lo que trataba de decirte el otro día cuando te propuse visitar la ciudad.

—¿Por qué? —pregunté con miedo.

—Fue el último viaje que hice con mi hermana Sofía.

—¿El último? ¿Tenías una hermana?

—Sí, estaba enferma de cáncer. Tenía treinta y cinco años. Ya no podía caminar. Y quise que viera Florencia por última vez. Le encantaba esta ciudad, sobre todo, ver la puesta de sol sobre el río Aarno desde el Puente de la Santa Trinidad — su voz se tornó gris y sombría.

—No sabía nada. Lo siento, Alessandro.

—No pasa nada. Pero tenía ganas de contártelo. Era importante para mí que lo supieras. No todo ha sido tan fácil en mi vida.

—Me dejás sin palabras. Estoy consternada, Alessandro.

—Te creo, Amanda. Y me emociona mucho que sientas la felicidad en este lugar.

—No es este lugar, Alessandro, es este lugar junto a ti, junto a tu forma de ser, junto a esos recuerdos amargos que me has contado. Son esas cosas las que me hacen sentir especial. Puede ser que Florencia tenga algo que ver, pero no lo sé. Estoy embriagada. Te pareceré una cursi, pero es así.

—No me pareces una cursi. Cuando murió mi hermana Sofía, regresé a esta ciudad y todo había cambiado a mi alrededor. La ciudad era diferente sin Sofía, ¿sabes? — dijo rompiendo a llorar.

—No me hagas esto, Alessandro. Salgamos de aquí. Quiero ver toda la ciudad y quiero celebrar

este viaje por todo lo alto. ¿Me lo prometes?

—Claro. Vamos a la Plaza de la República y mañana veremos la Galería de los Uffizi. Si te gusta el arte, lo disfrutarás como nadie.

—Me encanta el arte y siento vergüenza de no haber venido a Italia mucho antes. Pero la situación económica en casa ha condicionado mucho mis salidas al extranjero. Muchas veces estudiaba sin saber muy bien por qué lo hacía. Muchos de mis compañeros de universidad habían recorrido medio mundo y yo era una estudiante de Turismo sin apenas haber salido de casa.

—Bueno, ahora no te quejarás. Vas a conocer Italia como la palma de tu mano —dijo Alessandro más animado.

—Eso sí que es cierto — afirmé también más animada, lejos de esa feliz nostalgia que me había invadido.

—¿Por qué estudiaste Turismo entonces si no habías viajado apenas?

—Porque quería hacerlo y los idiomas siempre se me habían dado muy bien.

—Y ahora estás aquí, es lo único que importa. No pensemos más por hoy en el pasado, vamos a disfrutar de esta preciosa ciudad, ¿ok?

Le di un gran abrazo, cada vez sentía más por él. Y el que se hubiera sincerado así, contándome ese episodio tan amargo de su vida, me hacía admirarlo. Era muy valiente, sobre todo para mostrarme sus sentimientos, no todo el mundo conseguía hacerlo.

Pasamos todo el día recorriendo la ciudad, Florencia, para mi gusto, tenía mucho más encanto que Roma. Aunque esta última era una ciudad espectacular, Florencia era diferente. Tenía algo que te hacía sentir como en un sueño, algo difícil de explicar.

—Todo esto es como un sueño, Alessandro, así no voy a poder dormir — dije emocionada y un poco histérica, pegando saltos en el sofá cuando, por la noche, ya estábamos en el apartamento.

—¿No estás cansada? — rio.

—No, estoy más que eso, estoy agotada. Pero la ciudad es preciosa, yo me quiero quedar aquíiiiiiiii — puse cara de pena y seguí saltando sobre mis rodillas.

—Para, que me mareas — dijo riendo y me agarró para que me quedara quieta.

No sé qué hizo o qué hice yo, pero acabé casi encima de él, yo y mi falta de equilibrio, para no variar.

Me agarré a su cuello instintivamente y, cuando levanté la mirada, lo vi, mirándome fijamente.

—Perdón — dije avergonzada.

—¿Por qué? — puso sus manos alrededor de mi cintura, sin soltarme.

—Yo... — tragué saliva — ¿Te hice daño?

—No — sonrió.

—Oh...

—¿Quieres hacerme daño? No te veía en el roll de ama — dijo con cara seria.

—¿De ama? Oh, no... — negué con la cabeza cuando lo entendí.

—¿Sumisa entonces?

—Sí. Digo no. ¿Por qué estamos hablando de esto?

—¿No lo sabes?

—Pues verás, soy demasiado corta mentalmente a veces — me encogí de hombros, mi corazón iba a dos mil por hora.

—No lo eres tanto — sonrió.

Y me besó y fue espectacular.

Sus manos comenzaron a acariciar mi espalda hasta llegar a mi trasero, donde se detuvieron hasta que el beso se intensificó y lo agarró con fuerza.

En ese momento toda mi vergüenza desapareció, estaba deseando estar con él, por fin iba a hacer realidad todas las fantasías que había tenido desde que lo conocía.

Empezó a quitarme la ropa lentamente, cambiamos las posiciones y me contempló desnuda, tumbada en el sofá.

—Esto va a durar menos de lo que me gustaría — dijo con una sonrisa pícaro.

—Ya repetiremos — sonreí yo a su vez.

—Eso ni lo dudes.

Se quitó la ropa y lo contemplé a placer, él se quedó de pie y quieto unos instantes mientras mis ojos vagaban por su cuerpo. Cuando volví a mirarlo a los ojos, tenía una sonrisa de oreja a oreja en la cara.

—¿Todo bien? — preguntó.

—¿No tienes vergüenza?

—Ninguna. Y espero que tú tampoco la tengas conmigo.

—Ahora mismo estoy por salir corriendo — admití.

—Sí, el verbo correr me gusta — dijo con doble sentido.

Puse los ojos en blanco en plan teatrero, él rio y se tumbó encima de mí. Nos besamos y nos acariciamos, todo era muy dulce pero se notaba el deseo que existía entre los dos.

Cuando entró dentro de mí, eché la cabeza hacia atrás, y mi orgasmo llegó rápido, poco después el suyo.

Nos quedamos abrazados y dormidos un buen rato. Nos levantamos más tarde y, tras tomarnos un té caliente, nos fuimos a la cama.

Fue una noche larga e intensa en la que no pudimos dejar de tocarnos ni un instante, acabamos completamente agotados.

Capítulo 6

Desperté ese sábado entre sus brazos, me miró y me dio un beso en la coronilla.

—Buenos días, bella ragazza.

—Buenos días, Aless.

—Vamos, te voy a preparar un gran desayuno.

—Me parece una idea genial, me he levantado hambrienta.

—No me extraña. Yo también lo estoy — dijo con ironía.

—Estoy agotada, pero tengo que levantarme ya. No quiero perder ni un minuto de este día —comenté ilusionada.

Aless se había encargado de, el día anterior por la mañana, hacer toda una compra para desayunar los dos días, además de algunas cosas para picar cuando estuviésemos en el apartamento.

Preparó un café expreso para cada uno. Se había encargado de llevar su cafetera de Nespresso pues decía que la acompañaba en todos los viajes. Nunca se desprendía de ella, parecía el propio George Clooney que se jugaba la vida por un café Nespresso.

Mientras iba calentando las tostadas, yo estaba en la mesa sentada mirándolo, me parecía demasiado sexy y estaba babeando de ver cómo me preparaba el desayuno.

Un rato después nos metimos en la ducha. Lo hicimos con intención de volver a amarnos apasionadamente. Y así sucedió. De nuevo le salió la fogsidad y terminamos allí desatando nuestra pasión, nuestros instintos más primarios. Alessandro me tenía en constante tensión sexual, así que me volví a abandonar a él y disfruté de ese sensual momento.

—Necesito vestirme — estaba en la habitación con la toalla alrededor de mi cuerpo y con los brazos cruzados.

—¿Y? — dijo él eligiendo la ropa como Dios lo trajo al mundo.

—No sé, que me dejes — necesitaba intimidad en ese momento, no sabía por qué pero estaba avergonzada, cosa estúpida. A veces pensaba que era bipolar. No había otra explicación.

—No estás de coña, ¿no?

—No — respondí secamente.

—Amanda, acabo de follarte en la ducha, por no explicar todo lo que hemos hecho ya, ¿de qué demonios estás avergonzada?

—Es estúpido, pero no sé, me siento insegura — confesé.

—Venga, amore, no te pongas así, me doy la vuelta y no miro.

—Mirar tu culo no ayuda mucho — reí al final —, pero quédate así, bonita estampa.

Me vestí rápidamente y nos arreglamos para irnos. Alessandro me daba confianza, pero una parte de mí no se abría del todo, por miedo a sufrir, quizás. ¿Sería uno de los síntomas de ese síndrome de Florencia o síndrome Stendhal? No lo creo. Pero no estaba cómoda.

Bajamos a pasear por la ciudad. Tenía tantos atractivos turísticos que te hacía vagar sin rumbo fijo, sin necesidad de mapas. Llegamos hasta el Mercato Centrale, un edificio modernista, rodeado de un mercadillo permanente que está enfocado al turismo, ya que venden bolsos y otros objetos de piel de los cuales la Toscana presume.

Entramos luego a otro mercado que se veía perfectamente que estaba dirigido a la gente de Florencia, masificado de productos del campo de la Toscana además de algo de pescado. Me encantó pasear por su interior y ver el movimiento que allí se sentía. Paramos en un puesto que vendía unos bocadillos de tripa y los probamos. Estaban deliciosos.

De allí nos fuimos a la Plaza de la Señoría a tomar una cerveza en una de sus muchas terrazas.

—No puedes comerte un helado a la vez que te tomas una cerveza — me dijo mirándome con cara de asco.

El negocio junto a la cervecería era una heladería y se me había antojado un helado con triple bola de limón.

—Existe la cerveza de limón — dije como si nada.

Sabía que el rebujo no sería muy bueno, pero mis antojos eran mis antojos.

—¿Y? — preguntó sin entender.

—Pues que el helado es de limón.

—Estás como una cabra.

—Gracias — sonreí y lamí mi helado.

—No vuelvas a hacer eso — dijo con voz ronca.

—¿El qué? — volví a lamer el helado, sabía muy bien cómo hacerme la tonta cuando quería.

—Como lo hagas otra vez, te meto en el baño.

—No serías capaz — dije con los ojos como platos.

Y lo hice, volví a lamer el helado.

Me agarró de la mano para levantarme de la silla, forcejeé tanto pensando adónde me llevaba que el helado se estampó contra su pecho.

—Oh, mierda — me reí a carcajadas, la gente me miraba y se reía conmigo.

—Amanda, te voy a matar.

—Lo sé, pero antes espera.

Saqué el móvil y le hice una foto. Se puso tan serio que yo cada vez me reía más. Lo vi sacar la cartera y dejar un billete en la mesa.

—Tienes diez segundos de ventaja — dijo muy serio.

—¿Para?

—Correr.

Y tanto que corrí, hasta que me alcanzó y me apretó contra él.

—Estás loca pero me encanta — dijo antes de besarme—. Venga, vamos a algún sitio a limpiarme y donde pueda tomarme esa cerveza.

Después de unas cervezas nos fuimos a pasear por el Ponte Vecchio de nuevo. Esta vez me paré en una joyería en la que había unos pendientes de oro, que me llamaron mucho la atención ya que tenían incrustados como cristales, así que entramos a preguntar.

—Son 180 euros — dijo el joyero mientras lo ponía delante de mí.

—¿ Me los puedo probar?

—Claro, toma un espejo.

Aless me los vio puestos y luego miró al joyero

—Nos lo llevamos, cóbreme — dijo mientras sacaba la billetera.

—No, Aless, esto lo pago yo, por favor — dije con voz apurada mientras le daba los pendientes al joyero para que lo pusiese en la cajita.

—Cóbreme — dio su tarjeta ignorando a mi súplica

El joyero lo preparó todo con mucha delicadeza , nos entregó la bolsita con la caja que contenía los pendientes , Aless la cogió y salimos hacia afuera.

Me sentía como Julia Roberts en *Pretty Woman*. Todo lo que estaba viviendo era irreal. En cualquier momento me caería de la cama y despertaría de uno de los sueños más dulces de los que podía disfrutar cualquier persona.

—No debiste hacerlo...

—Cuando te los veas puestos, te acordarás siempre de mí — guiñó su ojo.

—En serio, era un antojo mío, debí de pagarlo yo.

—No seas pesada, Amanda — dijo mientras me apretaba entre sus brazos y me daba un beso en la mejilla

Me encantaba que fuese así de cariñoso y, en nuestros largos paseos, pese a su simpatía y al tono bromista de algunas frases, podía comprobar en sus ojos, leer en su interior, que no estaba feliz. Pensaría en Sofía, pensaría en su hermana a la que acompañó hasta aquí, como una hermosa forma de despedirse de ella. Y eso también me encantaba de él, que fuera capaz de emocionarse con el recuerdo de alguien que había significado tanto en su vida. Fue muy valiente al contarme eso. Roma era una ciudad en la que habíamos sido felices, pero Florencia nos estaba ayudando a conocernos de verdad.

Después de toda la tarde paseando nos fuimos al apartamento a cenar, pues habíamos comprado unas pizzas por el camino.

—¿Qué haces? — pregunté cuando dejó la caja de pizza en la cocina y me prohibió el paso.

—Vamos al dormitorio.

—¿Para qué? Aless, tengo hambre.

—Y yo — me agarró y tiró de mí.

—No, que tengo hambre de pizza.

—Sí, sobre todo en eso estaba pensando yo. Llevo todo el día queriendo follarte, Amanda. Después comeremos.

—Se te va la cabeza — reí —, después lo haces si quieres, pero déjame comer.

—Y comerás — rio y me guiñó un ojo.

—¿Dónde está tu ternura y tu caballerosidad? — pregunté con intención de hacerlo reír.

—No me provoques, Amanda. Te gusta mucho provocarme — se rió mientras me empujaba.

—Me sorprendes, Alessandro. Eres imprevisible.

—No mientas, Amanda. Sabes que, si hemos traído las pizzas, no es para comerlas mientras vemos los informativos — volvió a ser sarcástico con aquel comentario.

—Estás peor que yo. Eres un salido.

—Calla, si lo estás deseando. No me seas ahora monjil.

—Mon...qué, Alessandro.

—Monjil — repitió.

—Menudo vocabulario. Hacía años que no escuchaba esa palabra. ¿La aprendiste en Bilbao? — comenté yo riendo, mientras él me iba desnudando con prisa, como si fuese un depredador.

Cenamos en la cama y nos quedamos dormidos después de volver a hacer el amor.

Por la mañana nos fuimos directos a la calle a desayunar. Antes nos tomamos un expreso en el apartamento, pero queríamos hacer el buen desayuno en una terracita.

Pasamos todo el día de bares, tomando cervezas. Me lo pasaba muy bien a su lado, parecía que fuese un novio de toda la vida, pero Alessandro y yo solo éramos dos amigos, aunque yo sentía una pasión desmesurada hacia él. Nos sentíamos atraídos y disfrutábamos juntos, ya quisiera yo que fuese mi pareja, solo de pensar que algún día no podría estar con él me ponía muy triste. Vistamos finalmente la Galería de los Uffizi. No fue fácil conseguir entradas.

Cuando vi las obras de Miguel Ángel, Rafael y Leonardo da Vinci me entraron ganas de llorar. Estaba ante unas obras que hasta hace poco solamente podía ver por Internet o en mis libros de los años de carrera. Ahora estaba delante de mí. Sus colores, sus figuras, aquellas texturas llenas de color y de vida me hicieron llorar, y entonces Alessandro volvió a susurrarme: es el síndrome de Stendhal.

Por la tarde fuimos a la casa y nos quedamos allí hasta por la mañana que salíamos de vuelta hacia Roma.

Me quedé dormida rápidamente, estaba cansada. Pero Aless tenía otra idea en mente y de madrugada

me despertó mientras su lengua jugaba con mi sexo.

El orgasmo fue instantáneo y yo me desperté de una sentada. Ahora no iba a dejarlo dormir a él, me tocaba devolvérsela.

Caímos rendido dos horas después. Si seguíamos a ese ritmo, nos iba a dar algo.

Desperté temprano y preparé el desayuno antes de que Aless se levantara, me daba lástima marcharme de allí, pues ese fin de semana tan bonito a su lado estaba tocando su fin. En un rato estaríamos de vuelta a la rutina, esa rutina que diariamente era muy amenizada por él, pero que no me permitía estar todo el día como lo habíamos hecho en este precioso fin de semana.

La vuelta al coche era de forma muy cariñosa. No paraba de tocarme la mano mientras la otra la tenía en el volante.

Al llegar a mi casa, me acompañó hasta dentro para despedirse de mí.

—Te voy a echar mucho de menos — dijo mientras me abrazaba.

—Jo, parece una despedida.

—No, Amanda, pero echaré de menos estar las veinticuatro horas contigo.

—Yo también — dije mientras lo abrazaba fuertemente.

—Mañana te espero para comer en el restaurante.

—Vale.

Cerró la puerta y parecía que me habían abandonado como un perro. No sé por qué razón empecé a llorar como una niña pequeña. Ese momento había sido doloroso. Me había dado mucha pena separarme de él aunque fuese solo por unas horas.

Des hice la bolsa de viaje y comencé a prepararme para ir a trabajar. Tenía que montarme en el autobús en el que iría al aeropuerto a recoger a los turistas que había que trasladar hasta Civitavecchia para coger su crucero.

El tiempo pasó volando. Por la noche llegué a casa y me preparé una ensalada que había comprado en la tienda de abajo. Estaba agotada y necesitaba dormir. El fin de semana en Florencia y tantas emociones juntas me habían hundido en una clase de sopor y de cansancio del que tardaría varios días en recuperarme.

Justo antes de dormir recibí un mensaje de mi niño.

“Durante esta tarde te he echado mucho de menos. Mañana te veo preciosa, descansa.”

Me hizo soltar una sonrisa.

“Mañana estaré allí, no te librarás de mí tan fácilmente.”

Capítulo 7

El martes trabajaba de tarde, así que aproveché para dormir un poco más. No tenía problemas en madrugar. De hecho mi madre siempre se encargaba de que lo hiciera, pero ese día tenía ganas de vagar un poco más en la cama, así que ni siquiera puse el despertador.

Dormiría todo lo que necesitara. Cuando dije antes que había sido una niña mimada en muchas ocasiones, me refería a este tipo de cosas. Me gustaba quedarme en vacaciones en la cama hasta muy tarde y mi madre no me reprendía.

Refunfuñé cuando el timbre de la casa sonó. Me daba la impresión de que era temprano y no tenía ni idea de quién podía ser, no conocía a gente allí salvo...

Me levanté de un salto, me miré en el espejo y me adcenté el pelo. Salí del dormitorio casi corriendo y me golpeé el dedo chico del pie contra la esquina del sofá. ¡Qué dolor!

—Me cago en mi p*** madre — gemí, me mordí el labio y aguanté para que los lagrimones no cayeran por mis ojos.

El timbre volvió a sonar y abrí la puerta.

—Vaya, no te recordaba con esa cara al despertarte — rio Alessandro al verme. A saber qué cara tendría —. ¿Estás bien? — preguntó después de darme un beso en los labios y entrar. Llevaba una caja de una pastelería en las manos.

—Me golpeé — gemí de nuevo.

—¿Cómo?

—El sofá, que está donde no debe, casi me da un infarto cerebral — fui a la cocina a preparar café.

—No te estoy entendiendo nada — puso los dulces en la mesa y me hizo mirarlo a los ojos.

—Pfff... Que iba a abrirte la puerta pero el sofá se puso en medio y mi pobre dedo del pie... —

me quejé señalándolo.

—Eres una dramática — rio a carcajadas —. Solo es un pequeño golpe.

—Lo será para ti, macho man italiano, no para mí, creí morir del dolor.

—Oh, vamos, ¿qué dejarás para cuando paras?

—¿Perdón? — dije con los ojos abiertos como platos — No pienso parir nunca jamás. ¿Y por qué demonios estamos hablando de eso?

Él volvió a reír y me dio un beso en la cabeza. No me gustaban los niños. Odiaba a los niños. Pero yo creo que era tan solo una pose. Cuando tuviera alguno, mi opinión cambiaría seguramente. Mi madre me lo decía muchas veces. Te podrán gustar más o menos los niños, pero, cuando tienes a los tuyos, solamente tienes ojos para ellos.

—Perdón por venir sin avisar — dijo mientras desayunábamos.

—No, puedes venir cuando quieras. Y lo sabes. De hecho, me encanta que lo hagas.

No quería decirle que el golpe que me había dado era porque estaba encantada, excitada, de que llamara a mi puerta. Era así de estúpida y nadie podrá negar que el amor es estúpido demasiadas veces. Y, en esta ocasión, con Alessandro, no era ninguna excepción.

—Te echaba de menos — dijo mirándome intensamente a los ojos.

—Y yo a ti...

Nos miramos unos segundos a los ojos en silencio, aquellas palabras habían sonado a mucho pero yo sabía que no significaban nada. Nos llevábamos bien y habíamos tenido un sexo increíble, pero nada serio, al menos que hubiéramos hablado. Además, me daba la impresión de que Alessandro era un alma libre en ese sentido, no que fuera un picaflor, pero sí que no era de los que se comprometían.

Y joder, iba a darme de tortazos a mí misma. Éramos amigos con derechos, ¿por qué estaba pensando en algo más serio?

—¿En qué piensas? — me preguntó y me sacó de mi ensoñación.

—En nada.

—Amanda, empiezo a conocerte, le das demasiadas vueltas a esa cabecita, solo disfruta del momento.

—No, pensaba en mi familia — mentí.

—Los echas de menos, ¿verdad?

—Sí, claro, aunque aquí estoy bien, todo es aún extraño.

—Bueno, tienes un año por delante todavía. Ya veremos qué piensas después.

—¿A qué te refieres?

—A nada, quizás te guste esto para quedarte a vivir o sales corriendo, eso no se sabe.

Se levantó de la silla y me tendió la mano.

—¿Vamos a salir corriendo? — pregunté muerta de risa, me levanté y le di la mano.

—Espero que te corras, sí — se rio.

—¡Alessandro! — le reñí pero me estaba muriendo de la risa, no se podía ser más bruto.

—¿Para qué crees que he venido? — me llevó de camino hacia mi dormitorio.

—Pensé que eras tan buena gente que me invitabas a unos deliciosos dulces para desayunar.

—Oh, eso... Ya, eran la excusa.

—¿Para qué? — pregunté siguiéndole el juego.

—Habrás visto que no he comido ninguno.

—Cierto — me hizo sentarme en la cama y tumbarme de espaldas segundos después.

—No suelo desayunar sin haber tenido sexo — se tumbó encima de mí.

—No sé si me gusta lo que acabo de escuchar.

—Por eso no suelo desayunar nunca — me dio un beso en el cuello.

—Eso mejora algo... — gemí cuando agarró mi pecho con la mano.

—¿Siempre tienes algo que decir? — dijo entre risas.

—Soy una cotorra, sí. Si hicieras bien tu trabajo, no estaría hablando ahora mismo.

Y ya no pude volver a decir nada más, hizo su trabajo perfectamente.

Pasamos la mañana en la cama, tomamos una ducha y fuimos a su restaurante a comer. Nos despedimos cuando me tuve que ir al trabajo sin quedar para vernos al día siguiente. Llegué a casa tan agotada esa noche que ni tiempo para pensar tuve.

El jueves trabajé por la mañana, almorcé en el restaurante sola porque Alessandro había salido a arreglar algunos asuntos referidos con el negocio y no se encontraba allí. Pasé el día en casa haciendo llamadas telefónicas a la familia y amigos. No pude evitarlo y llamé a mi querida Carolina, la vieja amiga del instituto que solamente sabía presumir de los novios que ha tenido.

—No me lo puedo creer, Amanda. ¿Un italiano?

—Sí, se llama Alessandro y estoy encantada.

—¿Me llamas después de estos meses para restregármelo por la cara? — preguntó con un tono de enfado que iba en aumento.

—Claro, hace mucho tiempo que no hablábamos. ¿Para qué te iba a llamar? — le respondí con descaro, esperando que me colgara en ese instante.

—Tía, eres una cabrona. Me encantas. Siempre me has encantado y sabía que ibas a llegar muy

lejos.

—¿Qué quieres decir? —pregunté mosqueada.

—Tía, estás trabajando en Roma y sales con un italiano. ¿Qué más quieres? ¿Es verdad lo que dicen de los italianos? Que follan muy bien —dijo Carolina con sorna.

Colgué sin despedirme. Carolina era una imbécil, aunque la auténtica imbécil era yo por haberla llamado, por haberle querido vacilar a ella. Y resulta que me había vacilado ella a mí. Tomé aire. Me relajé y llamé a mi madre como era costumbre para mí cada mañana.

La última vez que la llamé casi rompo el móvil, me tenía de los nervios. No paraba de repetirme que a ver si el año pasaba pronto, que necesitaba que volviera, que me echaba de menos.

Lo peor era que me entristecía escucharla porque yo también los extrañaba, pero también era cierto que me encontraba muy a gusto en Italia y esa experiencia me estaba viniendo muy bien.

—Mamá, ¿cómo vas? ¿Estás más calmada que ayer?

—Sí, hija, sí. Un poco más calmada. Quiero que me entiendas, Amanda.

—No. No puedo entenderte. Eres muy egoísta. No es fácil para mí estar aquí, aunque no lo creas —dije con voz enérgica.

—Lo sé. Tu padre no para de regañarme. Dice que me va a llevar al psicólogo como siga así —dijo ella con voz temblorosa.

—Mamá, cambiemos de tema, por favor.

—Está bien, hija.

—Tengo que contarte una cosa muy importante.

—Dime, hija.

—Pero no quiero que te lo tomes a mal, que te conozco.

—¿Te han despedido del trabajo?

—Mamá, por favor. No es eso. En el trabajo estoy genial y el jefe y mis compañeros están muy contentos conmigo.

—Entonces, ¿qué ha sucedido? — preguntó con ansiedad.

—He conocido a un chico y es un buen chico.

—¿Es italiano?

—Claro, mamá. Es italiano. Se llama Alessandro y tiene un restaurante. Es un cocinero extraordinario.

—No me lo puedo creer. ¿Has tenido que irte a Italia a echarte novio? No me gusta lo que me cuentas, Amanda.

—Por favor, no es nada serio, pero estoy feliz con él. Y quería contártelo.

Pensaba que iba a ponerse histérica, pero no le desagradó la noticia. No estaba entusiasmada con la idea, pero se alegraba por mí, porque sabía que yo ya no estaba sola en Roma y que estaba echando raíces en una ciudad que parecía tan hostil cuando decidí marcharme de España.

Alessandro apareció a la hora de la cena con comida que traía recién hecha del restaurante. Hablamos largo y tendido mientras comíamos. Destapamos un Cianti.

—Me encanta este vino —dije yo haciéndome la experta.

—Es un buen vino. Una de las mejores cosas que tiene Italia después de ti — volvía a agasajarme con intención de hacerme reír.

—Eres ya previsible, Aless.

—No jodas. Pensaba que era cada vez más ingenioso.

—Pues no. No lo eres. Ya te veo venir —dije haciéndole muecas con mi boca.

—Siento que a veces, Amanda, no estás cómoda conmigo.

—No digas tonterías —dije yo cambiando el tono de mi voz, pues me sorprendió aquella frase.

—Tengo esa impresión desde que estuvimos en Florencia, Amanda.

—Tengo miedo, Aless, eso es lo que pasa. Tengo miedo de que esto se acabe, de que te vayas un día y ya no aparezcas. Tengo miedo de que no quieras comprometerte conmigo.

—Ha pasado todo muy rápido también para mí, Amanda. No te lo vas a creer. Después de la muerte de mi hermana Sofía, no he querido salir con nadie. Estaba muy unido a ella y su muerte me ha hecho un hombre más vulnerable y distante. Ha sido contigo con quien he despertado de mi tristeza — dijo con emoción.

—¿Cuánto hace de la muerte de Sofía? — pregunté conteniendo las lágrimas.

—Hace más de un año. Y fue duro para todos. Me refugié en mi trabajo y has sido tú la que ha hecho que la alegría y la ilusión volviesen a mí y a mi vida —dijo con serenidad.

Cenamos e hicimos el amor varias veces y me quedé pensativa en la cama cuando se marchó. Lo mismo de siempre, me encantaba y sentía algo muy fuerte por él pero no sabía qué había entre nosotros. Y aunque no quería comerme la cabeza, no podía evitarlo.

Mientras se vestía, continuamos hablando.

—Siento haberte hecho daño, Amanda.

—No me tomes en serio. A veces exagero mucho las cosas y se me nota en la cara.

—No quiero que te lleves una mala impresión de mí, yo también tengo miedo a comprometerme.

—¿Por qué?

—Porque no quiero perderte. Me da miedo que una relación seria lo mande todo a la mierda. No sé si me explico —dijo con gravedad en el tono.

—No tiene por qué ser así, Aless.

—Estamos bien así y no quiero atarme a ti, y llevarme una desilusión si algún día decides dejarme. Sería un golpe duro, muy duro. Y, por otro lado, temo defraudarte si convives conmigo, Amanda.

—No podemos predecir el futuro.

—Por esa razón, prefiero dejar las cosas como están. No te lo tomes a mal, por favor.

Luego vino el portazo seco y rotundo, como si fuese una despedida.

Capítulo 8

Salí de trabajar feliz porque él se venía a pasar el fin de semana conmigo a mi casa. Me monté en mi Vespa. Iba feliz, como siempre, de camino a ese pequeño y coqueto apartamento que había pensado re decorar en unos días. De repente, me di cuenta que estaba volando por encima de un coche que se había atravesado. El vehículo se había saltado un STOP.

Caí y mi cuerpo dio en el suelo. Supe enseguida que había sido un golpe fuerte. Apenas veía nada, solo escuchaba chillar a mucha gente a mi alrededor.

Cuando abrí los ojos unos focos me cegaban. Escuché las voces de los médicos y pude observar unas batas blancas que se movían a mi alrededor. Estaba confusa, muy confusa y tenía un fuerte dolor en las sienes.

Comenzaron a hablar conmigo y, cuando comprobaron que estaba mejor, abrieron la puerta y pasó Alessandro. Al verlo comencé a llorar mientras él se acercaba a mí para abrazarme.

—¿Cómo te has enterado de que estaba aquí? — pregunté sollozando.

—Comprobaron tu móvil y vieron que era el número que más utilizabas, así que me llamaron.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí ?

—Unas tres horas, pero no te preocupes por nada que yo te cuidaré. Ahora debes descansar. No te apures. No voy a separarme de tu lado. ¿Me oyes? ¿Me entiendes? — sus palabras me dolían, porque pude comprobar el horror en la cara de Alessandro.

—Quiero irme al apartamento. Quiero salir de aquí — decía con un débil hilo de voz.

—Pues parece que va a ser imposible. Creo que te quedas todo el fin de semana aquí metida y, por supuesto, vas a tener que aguantarme porque no me pienso moverme de tu lado hasta que te den el alta — dijo con voz amable, aunque su rostro seguía desencajado.

—Me duele todo el cuerpo, Alessandro.

—Tranquila, no tienes ninguna rotura. Solo un fuerte golpe en la cabeza. Por esa razón, tienes que permanecer en observación durante unos días. Con el gotero y los antiinflamatorios que te van a meter, estarás nueva en breve — dijo intentando tranquilizarme.

—Por favor, Alessandro, no llames a mis padres. Si mi madre se entera, le da un infarto —comenté con preocupación.

En ese momento, sonó el teléfono y era mi madre. Lo cogí como si nada pasase, pero rápidamente me dijo que tenía la voz floja, que algo me pasaba y le conté que estaba con un poco de fiebre y constipada, que ya había ido al médico y me había recetado medicamentos. Seguí mintiéndole y añadí que el médico me había aconsejado que pasase el fin de semana relajada porque así me recuperaría enseguida. No se quedó muy convencida. Intenté fingir lo mejor que pude y tranquilizarla en la medida de lo posible.

—¿Seguro que no te sucede nada, hija?

—Mamá, no seas exagerada. No. No me pasa nada —me dolía mentirle, pero era lo mejor en aquel momento.

—¿Quieres que papá y mamá cojamos un avión y vayamos a verte? — preguntó con toda la intención de llevar esa idea a cabo.

—Mamá, no voy a llamarte más, como sigas así.

—Tenemos dinero ahorrado así que, ahora mismo, no es un problema — dijo con voz de víctima.

—Guarda ese dinero. Que no me entere yo que te lo gastas ahora en venir a verme. Dentro de unas semanas estaré de vacaciones y volveré a España — intentaba razonar con ella.

Los mareos y los vértigos iban y venían, y yo cada vez me sentía peor. Mi madre no paraba de darme la vara y yo me estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—¿Me estás ocultando algo, verdad? Te conozco desde hace mucho tiempo. No me mientas. No mientas a tu madre, Amanda.

—Mamá, no tengo once años, así que haz el favor de tranquilizarte.

—Está bien, pero que sepas que no me quedo tranquila.

—Como siempre. Eso no es extraño en ti —dije yo mientras no dejaba de respirar hondo. Parece

que estaba de parto.

—Te quiero, hija.

—Y yo, mamá.

—No tardes en llamar, por favor.

—Si llamo todos los días.

—Sí, pero hoy no me has llamado a la hora de siempre y me he preocupado —dijo ella astutamente.

Las madres tienen un sexto sentido y la mía sabía que algo grave me había pasado. Menos mal que todo había quedado en un susto.

Alessandro bajó un momento ya que no había traído ropa ni algunos enseres que eran necesarios para que pasara los días que hicieran falta a mi lado. Aquel chico tenía el cielo ganado y todo lo que estaba haciendo por mí era propio de una gran persona que era lo que me había demostrado desde el día que lo conocí.

Cuando subió lo primero que me preguntó fue el teléfono del trabajo y se encargó de llamar para avisar de que estaba en el hospital y que iba a tener un tiempo de baja. Ya le mandaríamos el lunes el parte, le dijeron que no me preocupase por nada, que me recuperase en el tiempo que fuese necesario. Era tranquilizador escuchar eso.

Empecé a reír como loca al descubrir que Luca había comprado también ropa interior para mí. Estaba claro que por encargo de Alessandro. Lo mejor es que el tío no había escatimado en dinero: dos wonderbras y unos tangas de lencería exquisita para ponérmelos debajo de una bata blanca.

Menudo desperdicio. Ya me encargaría yo más adelante de lucir estas prendas con algunos vestidos a los que había echado el ojo en una tienda cerca del restaurante de Alessandro. Al margen de aquella anécdota de la que nos estuvimos riendo varios minutos, me percaté de que Aless estaba tremendamente asustado.

—No me pasa nada, cariño.

—Lo sé, pero he sentido por un momento que te perdía.

—Ha sido un golpe jodido. Me duele todo el cuerpo —dije yo sin darle demasiada importancia.

—El conductor se saltó un STOP. Iba borracho —dijo Alessandro con resentimiento.

—¿Lo han detenido?

—Sí. Lo han detenido enseguida. Estas cosas suelen pasar en Roma. Demasiado tráfico, demasiada gente y demasiados irresponsables, Amanda.

—No quiero verte así. Ya está todo arreglado.

—No es eso — dijo Alessandro con la cara enterrada en sus manos.

—¿Qué pasa, cariño? — pregunté con dulzura.

—Pensaba que te perdía. Como perdí a Sofía.

—No quiero verte así —empecé a llorar.

—He sentido que la historia volvía a repetirse.

—Pero no ha sido así, Aless. Los médicos me han dicho que pronto me darán el alta — sollocé mientras hablaba.

—Perdona si me ves así, Amanda. No he podido evitarlo. Debería ser yo quien te animara a ti y ahora, sin embargo, eres tú quien me anima a mí. El mundo al revés — comentó con tristeza.

—Te comprendo perfectamente, pero ya ha pasado todo. Por cierto, ¿Y mi Vespa?

—Destrozada, Amanda.

—No me lo puedo creer. Era un regalo de mi padre —dije apenada, pero volviendo a sonreír.

—Eso lo solucionaremos rápidamente.

—Sí, por favor. Quiero volver a ser Audrey Hepburn en Vacaciones en Roma. Pero, ¿encontraremos una de color rosa?

—Claro que la encontraremos y te prometo que volveremos también a Florencia — dijo emocionado, como si su corazón rebosara de entusiasmo y de alegría de repente.

El fin de semana estuvo todo el tiempo colmándome de atenciones y de mimos. No me dejaba hacer nada. Solo le faltaba mear por mí. Estaba demasiado pesado, pero me gustaba que se comportara así. Era una forma de comprometerse conmigo, algo que temía profundamente. El hecho de que me hubiese visto en el hospital le hizo reflexionar sobre nuestro futuro juntos, aunque él no se atreviera a decirme nada todavía.

—Alessandro, puedo hacer las cosas por mí misma.

—De eso nada, Amanda. Estoy aquí para cuidarte.

—No quiero que dejes el restaurante solo. Me preocupa tu negocio, ¿me has escuchado?

—Sí, te he escuchado. Pero te quiero demasiado, Amanda.

—Bueno, ¿ahora te sale el poeta que llevas dentro? Me recuerdas a Marcello Mastroianni en *La dolce vita*.

—Eres una cabrona, ¿lo sabes, verdad?

—¿Te puedo hacer una pregunta, Aless?

—Sí, claro. Dispara.

—¿Qué opinaría tu hermana de mí? — pregunté con timidez.

—No opinaría. No te dejaría ni a sol ni a sombra. Estaríais todo el día juntas y los fines de semana nos iríamos a Florencia — dijo emocionado.

—Parece un cuento de hadas, Aless.

—Lo es. ¿Acaso no has estado viviendo un cuento de hadas?

Mi madre no paraba de llamar y decir que si necesitaba que viniese a Italia lo hacía corriendo. Le

volví a decir que no se preocupase, que en breve iría algún fin de semana o por vacaciones. Yo miraba a Alessandro mientras se lo decía y le señalaba con el dedo indicándole que él se vendría conmigo.

El lunes por la mañana llegó el doctor y la enfermera y me dieron el alta con un parte de baja de diez días hasta que me volviesen a ver. Salimos de allí corriendo hacia una cafetería a pegarnos un gran desayuno.

—Gracias por todo, Alessandro — dije mientras movía el café.

—De eso nada, aún me tienes que aguantar diez días porque no pienso separarme de tu lado hasta que no te den el alta. Quiero asegurarme de que no te da ningún mareo ni nada por el estilo y que además te pille encima sola. Ni hablar. Te toca aguantarme. Podemos pasar estos días en tu casa o en la mía, o fifty fifty — dijo convencido mientras untaba la mantequilla en el pan.

Se me caía la baba con solo escucharlo.

—Mejor en la mía, así estoy en mi terreno — dije muerta de risa ante su mirada seductora.

Una vez que desayunamos, nos fuimos a su casa a recoger ropa y objetos personales para esos días. Luego pasamos por un supermercado y llenamos un carro para no tener que movernos de casa.

Se encargó todos los días de todo, absolutamente todo, desayuno, comida cena. Limpió la casa. No se le daba mal. Sabía muy bien lo que hacía. Más de una vez le había tocado hacer una limpieza profunda del restaurante.

No me dejaba hacer nada, incluso me enfadaba con él porque parecía que estaba muriéndome y yo cada día me sentía mejor. Y Roma era la responsable de mi recuperación. No solo el bueno de Alessandro.

Capítulo 9

Esa mañana me dieron el alta, Alessandro volvió a su rutina y yo a mi trabajo para entregar el fin de la baja, me recibió una compañera y me pasó al despacho del director el cual me comunicó que habían roto mi contrato ya que estaba en periodo de prueba y la empresa necesitó contratar otros servicios urgente pues era por muchos días, en ese momento se me cayó el techo encima y salí de la oficina casi sin hablar, al llegar a la calle comencé a llorar como una niña chica y pidiendo taxi y me fui al restaurante de Alessandro.

—¿Qué pasó, bella? — dijo mientras me abrazaba al verme llorar.

—Me han despedido — dije entre sollozos.

—Oh no, pero no llores, preciosa.

—Todo el esfuerzo e ilusión por venir aquí se han esfumado.

—No digas eso bonita, seguro que en pocos días ya estás trabajando en otro sitio.

—Lo tengo difícil, me falta el idioma, solo podría trabajar de receptivo turístico, me veo en pocos días volviendo a España.

—No digas eso pequeña, vámonos por ahí a que nos dé el aire.

Salimos del restaurante y nos fuimos andando para la zona del coliseo, él no dejaba de abrazarme en ningún momento y de intentar decirme cosas que me consolasen, pero solo el pensar lo a gusto que estaba en aquella ciudad con mi trabajo, con Aless y que todo pudiese irse a la mierda, me partía el corazón.

Pasamos toda la tarde juntos y no hablamos nada del tema ya que se lo pedí por favor, luego por la noche me dejó en mi casa con un gran abrazo y quedé en ir a verlo por la mañana, además tenía que pasar por el taller a recoger la moto que ya estaba arreglada por parte del seguro contrario.

Me pase hasta las tantas llorando ya que no le veía solución en estos momentos a mi vida y sabía que iba a tener que volver a España ya que no podía estar allí gastando todo el dinero que había ahorrado durante bastante tiempo y que también me habían dado mis padres.

Después de estar hasta las tantas meditando llegué a la conclusión de que tenía que volver, no podía quedarme ahí a costa de todo, así que mientras desayunaba llamé a mi madre y le conté lo que había sucedido y me dijo que me fuese lo antes posible, pero le dije que aprovecharía al mes de la casa ya que estaba apagada, además que tenía que vender la Vespa y dejarla allí.

Estaba con el corazón roto no podía creer lo que me estaba sucediendo, fui al taller a recoger la vespa, luego pasé por el trabajo a que me diesen la liquidación, estuve seria y seca y salí de allí rápidamente.

Me fui a la Fontana de Trevi, me tomé un café frente a ella mirándola, era preciosa, toda una obra de arte, justo enfrente en un lado había una capilla donde las rejas estaba toda llena de candados que eran de las parejas o personas que ponía uno y pedían un deseo, así que fui a comprarlo y lo puse mientras que con lágrimas en los ojos pedía que no se fuese de mi camino Alessandro.

De allí me fui a buscarlo al restaurante, íbamos a comer en mi casa, cuando lo recogí ya salía con unas bolsas y unos tupper de comida preparada.

Nos pasamos la tarde abrazados en el sofá, casi todo el tiempo estuvimos en silencio, parecía que nos arrancaban la vida, la cruel realidad se había encargado de hacer para que nos separásemos.

—No quiero que te vayas — dijo mientras me tocaba el cabello.

—No me queda otra...

—Intenta buscar trabajo, haz un esfuerzo.

—Me recorrería todo Roma a pie buscándolo si supiese que lo iba a encontrar, pero los dos sabemos que eso es imposible.

—Nada es imposible en el mundo.

—Lo sé pero miré en internet por si veía algo y estaba cosa bastante jodida.

—Encontraremos una solución — dijo mientras me abrazaba fuertemente y besaba mi mejilla.

Por la noche cuando se fue me quede muy pensativa, no paraba de darle vueltas al asunto de encontrar un trabajo pero si no era de turismo para recibir a españoles ¿ qué otra cosa podía ser ?

Por la mañana desayuné y luego me fui con la Vespa a varias oficinas de turismo y agencias que había por la ciudad y entregué currículums en todas ellas con la esperanza de que alguna me llamase antes de final de mes.

Así me tiré los siguientes días, desesperada porque el teléfono sonase pero nunca lo hizo y mis padres me compraron un billete de avión para dentro de dos días.

Esa misma mañana fui a entregar la moto ya que tenía un comprador y me lo ha pagado bastante bien, pero ya poco dinero con respecto a lo que yo había pagado por ella.

Alessandro me recogió en la Plaza España, yo estaba mirando las redes sociales en el móvil sentada en tan emblemáticas escaleras, de repente reconocí su silbido y al levantar la cabeza me lo encontré viniendo hacia mí con un gran ramos de flores, que me entregó nada más verme.

En el ramo había un sobre que me apresuré a leer con lagrimas en los ojos.

“Quiero hacer mi vida junto a ti, cuidarte, formar una familia. Quiero que te vengas a vivir conmigo, quiero tenerte para siempre.”

Lo mire a los ojos y le di un gran abrazo.

—Quiero que me digas que aceptas Amanda dijo agarrándome la cara con sus dos manos y mirándome fijamente.

—Pero no quiero ser un estorbo en tu vida

—Si lo fueras no intentaría frenarte, quédate conmigo, te necesito.

—No me sentiré bien si estoy de mantenida en tu casa

—Amanda pues me ayudas con el restaurante y te ganas un sueldo

—¡Eso es trampa!

—Eso es que te quiero y sé que conmigo no te faltará de nada

—A mis padres los mato de un disgusto si le cuento que me voy a vivir con un italiano y no vuelvo a España

—Déjame acompañarte dentro de dos días y hablamos con ellos, luego volvemos, pero no me dejes Amanda, no lo hagas — dijo apretándome fuerte contra él.

—Esto es una locura Aless, pero la quiero vivir contigo.

—No te arrepentirás

—Lo sé, estoy completamente segura

—Pues sigue a tu corazón, ese es el que manda en la felicidad de nuestras vidas

—Ya lo estoy siguiendo.

Dos días después estábamos de camino a España para hablar con mis padres y explicarle toda la situación, se sorprendieron al verme aparecer con él, ya había avisado que iba con alguien, le contamos nuestra pequeña pero intensa historia, veía la cara desencajada de mi padre pero aceptaron los dos con la esperanza de que nos fuera tan bien cómo les había ido a ellos.

Estuvimos unos días allí, mis padres cada vez tenían más feeling con él, Alessandro quedó encantado con Málaga, decía que de más mayor tenía que comprarse una casita aquí para vivir unos meses del año.

Volvimos a Roma con toda la ilusión del mundo y el prometiendo a mis padres que me cuidarían cómo lo harían ellos, aunque prometieron venir a Italia pronto.

Quise devolverle a mi padre el dinero de la Vespa que había vendido pero no me lo permitió, me

dijo que me lo quedase para lo que me hiciese falta.

En el avión Alessandro iba muy contento.

—Eres mi mujer, estoy completamente feliz — dijo acariciando mi mano.

—Tampoco te pases que no nos hemos casado.

—Dónde manda el corazón, no manda una firma en un papel.

—Tienes razón cariño, estoy encantada de ser tu mujer.

—Además, he visto en los días que he pasado contigo que Roma es una ciudad que te hace sentir cómoda.

—No me disgusta, pero lo que la hace especial eres tú.

—No te imaginas la ilusión que me hace compartir mi vida contigo.

—Lo mismo que a mí Alessandro, lo mismo.

Aterricé por segunda vez en la ciudad de Roma, pero esta vez con muchísima más ilusión que la anterior y mira que la primera vez que vine fue de forma muy animada.

A llegar a su casa Alessandro descorchó una botella de vino, puso música de fondo mientras servía las copas de manera muy seductora.

Se vino hacia mí como una copa en la mano y con la otra me agarró por la cintura y me pego junto a él, comenzó a moverme al ritmo de la música y a cantarme por Eros Ramazzotti en italiano muy flojito en el oído.

Al rato caímos rendido en la cama abrazados como si se nos fuese a acabar el mundo, me quedé rápidamente dormida entre sus brazos, estaba agotada del viaje y de todo lo que había trascendido mi vida en los últimos días.

Por la mañana me desperté y no estaba en la cama, fui a la cocina y estaba preparando el desayuno.

—Buenos días, bella ragazza — dijo mientras se venía hacia mí para darme un abrazo.

—Buenos días, cariño, qué bien huele a Café.

—Ahora mismo te preparo uno, siéntate.

—Gracias.

—¿Qué tal has dormido tú primera noche en tu nueva casa?

—Genial, como una reina.

—Así me gusta que te sientas.

—Por cierto, Aless, he pensado en mandar currículum a los hoteles.

—Olvida ya eso, cariño, me vas a ayudar a mí con el restaurante.

Me entró un ataque de risa, estaba completamente segura de que él no sabía delegar, a que yo le decía que para hacerme sentir bien, me iba a tener en el restaurante haciendo dos tonterías un rato y listo.

—Tú tómatelo a risa que como coja el restaurante yo por banda, al final lo voy a regentar mejor que tú.

—No te comas la cabeza, reina, empieza a disfrutar y acoplarte a esta nueva vida, poco a poco seguro que puedes ir haciendo cosas en el restaurante, pero no te agobies ahora mismo por eso.

—Medio mantenido, lo que siempre he criticado — dije poniendo ojos en blanco,

—Te puedes permitir el no trabajar, ya sabes que conmigo no te va a faltar de nada, eres muy cabezota.

—Solo quiero ser útil,

—Lo eres más de lo que piensas Amanda que no se te olvide, solo te digo que ahora puedes relajarte una temporada y acostumbrarte a esta nueva vida.

—Lo intentaré.

Fuimos a comer al restaurante, además, él quería revisar algunas cosas, Luca nos felicitó por nuestra nueva vida en común, se le notaba que lo decía de corazón, al igual que era evidente que quería mucho a Alessandro.

La tarde la pasamos en un supermercado haciendo una buena compra para la casa, él era como yo, le gustaba tener la despensa bien cargada, nos reímos mucho por aquellos pasillos del supermercado ya que me ponía nerviosa de los rápido que iba comprando y metiendo de todo en el carro.

Los primeros días me adapté bastante bien a la casa y fui colocando mis cosas y cogiendo ritmo de limpiarla, aunque la verdad que Alessandro hacía mucho e intentaba colaborar al máximo posible, tenía un fácil manejo en el hogar.

Capítulo 10

Un año después...

—¿Otra vez, Amanda? Alessandro se va a enfadar — la voz de Luca sonó detrás de mí, pegué un bote y se me cayó la carpeta.

Todos los papeles en el suelo y yo sin poder agacharme.

—Lo siento — dije cuando el pobre hombre se agachó a recogerlos.

—No importa. Me preocupa más que te vea aquí.

—Me ve aquí todos los días, no entiendo dónde está el problema — me encogí de hombros.

—¿Quieres que te recuerde que no quiere que hagas nada?

—Sí, claro, como si hiciera falta — Luca se levantó y me dio los papeles, comencé a ordenarlos —. Si es por él, me quedo siempre en casa sin hacer nada. Solo comiendo y comiendo — resoplé.

—En tu estado es normal — rio él.

—¿Comer?

—No, que te cuide.

—Una cosa es que me cuide, otra que me trate como una inválida. Estoy embarazada, no enferma.

—Estás embarazada de su hija.

—¿Y? ¿Eso le da derecho a pensar que tengo que andar en una burbujita de cristal? Demasiado que no trabajo y estoy en casa, que no se queje o...

—¿O qué?

Me giré y le sonreí a Alessandro.

—Hola, amor — dije de repente de buen humor, como si antes no hubiera estado despotricando sobre él.

—Hola, amor... Ya — se acercó y me dio un largo beso en los labios, hasta que Luca carraspeó y nos dijo adiós —. ¿Qué haces aquí?

—Tengo los papeles listos, vine a traerlos.

—No tienes que preocuparte por eso, en realidad no tienes que preocuparte por nada. Si lo llego a saber, no te dejo ayudarme con el papeleo.

—Oh, claro, porque estoy embarazada y tengo que estar en cama — dije irónica.

—Lo siento, Amanda, sé que estoy obsesivo, pero aún recuerdo lo mal que lo pasé cuando tuviste ese accidente — dijo con voz triste —. Casi te pierdo y pensar que puedo perderos... a la niña o a ti...

—Eh, cariño, mírame — cogí su cara entre las manos — No tienes que pensar así, eso pasó y hay que olvidarlo. Fue duro, sí, lo sé, para todos, pero tenemos que dejarlo atrás. La bebé y yo estamos perfectas.

—Lo siento.

—No, no hay nada que sentir.

—Te amo demasiado, Amanda, no puedo perderte.

—No lo harás.

Me acerqué a él y lo besé. Sabía cuáles eran sus miedos pero también que tenía que superarlos. Creía

que hasta que la niña no estuviera en nuestros brazos, él no iba a respirar tranquilo.

—¿Has desayunado? — preguntó cuando terminó el beso.

—Un zumo de naranja.

—Señor, dame paciencia.

—Bueno, no te enfades, esperaba desayunar contigo.

—Sí, a las doce de la mañana. Anda, vamos antes de que me den ganas de azotarte.

—Bueno, si es en el sexo, todo se puede negociar — bromeé.

—¿Sí? Te recordaré esas palabras — dijo riendo.

Mi vida con Alessandro era “casi perfecta”, como la de toda pareja enamorada podía ser. Con nuestros problemas típicos pero éramos felices.

Nuestra convivencia juntos era sencilla y la complicidad que teníamos era una gran aliada en nuestra relación.

Desde mi vuelta a Roma, no nos habíamos separado. Y desde que supo que estaba embarazada, apenas me dejaba tiempo a solas y a mí no me importaba, al revés, me encantaba estar con él todo el día.

Aunque a veces se pusiera en modo hombre de cromagnon.

El día que supo que el bebé sería niña, ya fue el colmo. Lloró a lágrima viva conmigo y, desde entonces, no me dejaba hacer nada.

Ambos estábamos deseando que nuestra pequeña naciera para llenar de alegría, más aún, nuestras vidas.

La íbamos a llamar Sofía, como la hermana de Aless. El día que le dije que así sería, se emocionó, diciéndome que no había podido hacerle mejor regalo y yo entendí lo que me decía.

Mis padres también se habían vuelto locos con la noticia, iban a tener una nieta.

En pocas semanas llegarían a la ciudad para pasar el último tiempo de mi embarazo junto a mí y yo estaba deseando que llegaran.

Estaba tumbada en la cama, mirando por la ventana las luces encendidas de la calle, Alessandro dormía y el silencio era absoluto. Pensaba cómo había cambiado mi vida desde ese momento en el avión cuando, un chico con un sombrero, apareció en mi vida. Quizás antes, cuando decidí aceptar ese viaje ese cambio de vida.

Sonreí pensando que, después de todo, hice bien en correr riesgos. La vida a veces te da oportunidades y está en ti cogerlas o no. Recordé la cita de William Shakespeare, mi escritor favorito, cuando dijo: El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros somos los que jugamos.

Sí, tenía razón, yo arriesgué y acabé ganando. Quizás la vida se trataba de eso, de correr riesgos. Porque, si quieres ser feliz, siempre hay que arriesgar.

Agradecimientos.

Para todos los que disfrutáis con nosotros cada una de nuestras historias. Millones de gracias, sin vosotros nada de esto sería posible.

Norah Carter — Monika Hoff — Patrick Norton.